2593

ANTONIO PASO

LA CORTE DE RISALIA

ZARZUELA EN DOS ACTOS

dividido el segundo en tres cuadros, original y en prosa

MÚSICA DEL MAESTRO

PABLO LUNA

300

Copyright, by Antonio Paso, 1914

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

17

LA CORTE DE RISALIA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA CORTE DE RISALIA

ZARZUELA EN DOS ACTOS

DIVIDIDO EL SEGUNDO EN TRES CUADROS

original y en prosa de

ANTONIO PASO

música del maestro

PABLO LUNA

Estrenada en el TEATRO APOLO de Madrid, el 11 de Abril de 1914

MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1914

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA REINA	Srta. Marco (M.)
BERTINA	Andrès.
MARINELA	Leonís (R.)
EFRONIA	Cortés (P.)
TEODORA	Fortuny.
MARÍA	Marco (G.)
ETEROLICIA	Moreu.
AMALIA	Montes.
ADELIA	Santamaría.
FERMINA	Carceller.
VICENTE XXIV	Sr. Ortas.
KALCUNDIO	Ontiveros.
EL PRINCIPE OVILIO	Villa.
FINANCIO	S. del Pino.
ARMANDIO	Sotillo.
DOCTOR ASTENIO	Rufart.
REVERENCIO	G.ª Valero.
FISGONIO	Román
EL CONDE RIGO	Castañé.
EL TENIENTE ARNOLDO	Gutiérrez.
RETAMA	Ibarrola.
UN UJIER	
AYUDANTE 1.º	Román.
IDEM 2.º	Cortés.
FAUSTINO	Fischer.
MOZO 1.º	Castañé.
IDEM 2.º	Gutiérrez.
IDEM 3.º	Rodríguez.
ALABARDERO 1.º	Llayna.
UN UJIER FEO	Corao.
UN UJIER GUAPO	Lozano.
OTRO IDEM	Serrano.

Damas, guardias marinas, cortesanos, escopeteros, baile y coro general

La acción en el reino imaginario de Risalia.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Interior del Palacio Real, en la Corte imaginaria de Risalia. La escena representa un salón antecámara del Rey. Muebles y cortinajes muy lujosos y de estilo moderno. En primer término izquierda del actor puerta grande que conduce á las habitaciones reales. En la segunda del mismo término, entrada á la de los infantes. A la derecha del actor, en el centro del muro, gran puerta de entrada. En el foro, ocupándolo todo, extensa galería de cristales con diversas ventanas que dan á una anchurosa plaza, distinguiéndose á lo lejos el puerto de Risalia, con buques anclados y demás detalles apropiados, á gusto del pintor. Entre la primera y segunda caja izquierda, una gran mesa dorada, con sillón dorado, dando espalda á la lateral y alrededor tres ó cuatro sillas volantes. Sillones y sillas repartidas por la escena. Cuadros, lámparas, recado de escribir lujoso, timbre de mano, etc. Al empezar la acción son las diez de la mañana.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, la escena está desierta. Al compás de una marcha alabardera, que interpreta la orquesta, entra por la puerta de la derecha un OFICIAL seguido de cuatro ALABARDEROS; quedan en escena dos de ellos y el Oficial con los otros dos hace mutis por la primera izquierda, volviendo á salir con otros dos alabarderos distintos, que quedan en la escena, repitiéndose la maniobra, en la segunda izquierda, efectuándose el relevo de las reales habitaciones, haciendo mutis definitivo por la primera derecha con los cuatro alabarderos relevados. La orquesta continúa pianísimo hasta terminar

672871

ESCENA II

Un UJIER, KALCUNDIO, FINANCIO y ARMANDIO

Sale primero el Ujier, por la derecha, se coloca en el dintel de la puerta derecha y hace una reverencia al aparecer los ministros. Los dos primeros visten frac con banda y condecoraciones y el último uniforme militar. Traen bajo el brazo, carteras con el escudo real y dentro los expedientes que se relacionan á su tiempo

Kal. (Entrando y quedando al lado del Ujier; los otros pasan al centro.) ¿De manera que Su Majestad?...

Ujier Su Majestad, señor Presidente, está con el médico de cámara—el doctor Astenio—y con los doctores Francochelos y Piloso.

Arm. ¡Diablo! ¿Acaso la preciosa vida de Su Majestad?...

Ujier No; nada alarmante... Según parece, solo se trata de substituir la medicación vigorizante á que estaba el Rey sometido, por otra más activa.

Kal. Caramba; pues vamos á tener que esperar.

Ujier Tal creo. Y si vuecencia, señor Presidente, no me favorece empleando mi inutilidad, evádome.

Kal. ¿Qué dice?

Fin. (Gritándole al oído.) ¿Que si se puede retirar?

Kal ¡Ah! (Al Ujier.) Retírate. (Vase el Ujier.)

Fin. (A Armandio.) Hoy oye menos que ayer.

Arm. (A Financio.) El tiempo; siempre que va á llover se pone así; pero en cuanto escampa se le pasa.

Kal. Señores Consejeros: si á ustedes les parece, ínterin sale Su Majestad, podemos cambiar impresiones sobre los graves sucesos que pueden acaecer de un momento á otro. (Cogen sillas volantes y se sientan apartados de la mesa; el Presidente en medio. Dejan las carteras sobre la mesa.)

Fin. ¿Pues qué pasa?

Kal. ¿Qué? (Aplicando el oído.)

Fin. (En voz alta.) ¿Que, qué pasa?

Kal. Pues pasa, señores, que el momento político actual, puede ser en la historia de Risalia, un momento culminante y decisivo.

Fin. ¡Caramba!

Kal. Culminante y decisivo, no quito un ápice. Expongamos los hechos. (Se sientan.) El Rey, nuestro señor, Vicente XXIV, enviudó hace dos años, sin que le hubiese quedado sucesión de su largo matrimonio con la princesa *Lía de Esparta*. El heredero seguro del trono, era, pues, el príncipe *Oviliode Bramante*, sobrino carnal del monarca y muchacho inteligente, bravo y generoso.

Arm. Es un bello príncipe.

Fin. Merece la corona.

Kal. Su Majestad mandó á su sobrino y heredero á dar la vuelta al mundo en la fragata «Dinamita», para que completase su instrucción naval. Alejóse el príncipe Ovilio, quedóse solo el Rey llorando su viudez y hete aquí que de la noche á la mañana, despreciando conveniencias políticas, va el monarca y se nos casa. ¿Y con quién se nos casa, señores?

Arm. ¡Con una tontería de veintiún años, que quita la cabeza!

Fin. Eso hay que decirlo; ¡la Reina es divina!

Kal. Bueno, la Reina será divina, pero tiene veintiún años y el Rey cincuenta y ocho.

Arm. ¡No tantos!

Kal. Cincuenta y ocho: veintidós que lleva reinando y treinta y seis que tenía cuando sucedió á su padre, Segundo III, cincuenta y ocho. Y de cincuenta y ocho llevo seis...

Fin. ¡De cincuenta y ocho llevará usted cinco!

Kal. De cincuenta y ocho llevo seis oyéndoles decir, que aunque enviudara, no volvería á casarse; y miren ustedes con lo que sale ahora.

Arm. Pero ¿qué teme usted?

Kal. Un horrible conflicto. (Se levantan y avanzan.) El príncipe Ovilio, al atravesar el mar Rojo, recibió por un marconigrama la nueva del casamiento de su tío, puso proa á Risalia y esta mañana ha llegado. Ahí fuera en la

bahía tienen ustedes anclada la fragata. El príncipe vendrá á Palacio, verá á su tío y ese, ese es el momento que yo temo.

Arm. ¿Y por qué lo teme usted?

Kal. Porque... seamos sinceros; el príncipe puede creer que este matrimonio es un escamoteo de su presunta herencia.

Fin. Y con razón; porque eso de que esté esperando veinte años la corona y luego venga un primo y se la lleve...

Kal. Hay que convenir en que si se la lleva, no será tan primo.

Arm. Bueno; pero aquí, en confianza, ¿ustedes creen que el Rey dejará un heredero?

Fin. Qué sé yo; ¡está tan flojo! Yo le encuentro cada día más lleno de achaques. Y en tales condiciones físicas, pregunto yo: ¿se puede tener sucesión?

Kal. Siendo la mujer guapa, sí.

Arm. ¿Qué quiere usted decir?

Kal. Que si el Rey... bueno; si la Reina tiene un hijo, temo una sublevación, que sería la única que empañara la historia de este noble país.

Arm. ¡Qué conflicto!

Kal. Además, y ya completando mi franqueza, desde que el monarca se casó, vengo observando, con inquietud primero, con indignación después, que los ayudantes de la Reina son excesivamente bonitos.

Fin. En efecto; ni el teniente Arnoldo, ni el conde Rigo de Albian, tienen la traza guerrera adecuada á su cargo.

Kal. Son dos nubes de perfume, con rumor de sables y destellos de uniformes.

Arm. Silencio: los ayudantes.

(Entran por la derecha RIGO DE ALBIAN y ARNOLDO. Llevan pelucas rubias; visten preciosos y elegantes uniformes; sus tipos son gallardos; llevan bigotes á lo Kaiser. Saludan con una inclinación y desaparecen segunda izquierda.)

Kal. ¿Eh?... ¿qué tal? Ahora díganme ustedes si esos dos querubes, no son para escamar no digo yo á Vicente XXIV, sino á cualquier otro monarca por muy alta que tenga la numeración.

ESCENA III

DICHOS. El UJIER, por la derecha. En seguida, FISGONIO, por la misma de gran uniforme

Ujier (Anunciando.) El senor Gobernador de Risalia.

Arm. Hombre; ¡el gran Fisgonio!

Kal. ¿Que nos querrá?

Fin. Que pase. (Vase el Ujier.)

Fis. (Entrando y saludando.) ¡Señor Presidente! ¡Señores Ministros!

Kal. ¿Qué pasa, señor Gobernador, que parece usted agitado?

Fis. Agitado y revuelto. ¡Un grave conflicto!

Kal. ¡Un conflicto!

Fis. No sé si vuecencias me concederán el honor de recordar, que hace tiempo vengo persiguiendo á instancias de la Junta de Damas «La vereda del cielo», la sicalipsis que se enseñoreaba de Risalia. Pues bien; entre la susodicha vereda y un servidor, habíamos acabado con la corrupción ambiente, cuando hete aquí que uno de mis delegados ha recogido de algunos escaparates varias postales de la «Bella Contornos», que... Pero ¿á qué detallar? véalas vuecencias y horrorícense. (Saca unas postales y entrega una á cada ministro.) Aquí, sin blusa; aquí sin camisa; aquí... sin vergüenza.

Música

Fin. ¡Jesús, qué desnudez!

Arm. Es esto ya el Non plus.

Kal. ¡Jesús, qué morvidez!

Los tres ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

Esta procacidad
debemos corregir.
Es una atrocidad
que no hay que consentir.

Tamaña exhibición
penada debe ser.
¡Está en tal posición
que no se puede ver!

Fin. ¡Qué vergüenza!
Arm. ¡Qué mancilla!
Kal. ¡Qué descoco!
Los tres ¡Qué chiquilla!

(Evolucionan.)

—

Está reclinada (Mirando las postales.)
sobre una *ches-lon*,
y por todo traje
lleva un cinturón.
De color de rosa
que hace resaltar,
una hebilla grande
negra, de metal.
Calza unos chapines
con un gran pompón,
y lleva unas medias
de color marrón.
Y en la cabecita
sólo se la ve
una capotita
forma de Bebé;
el pelito suelto
le cae por detrás...
y ni más ni menos,
ni menos ni más.

—

Fin. ¡Qué insolencia, madre mía!
Kal. ¡Qué sinvergonzonería!
Arm. ¡Estas son aventureras!
Kal. (¡Y estas son unas caderas!)
Los tres Para mí, que estas señoras,
encanallan la nación.
Para mí que hay que prohibirlas.
Fin. Para mí...
Arm. Para mí...
Kal. Para mí...
Los tres (Para mi colección.)

(Se las guardan.)

Hablado

Arm. ¡Qué atrocidad!

Fin. ¡Qué obscenidad!

Kal. ¡Qué preciosidad!... digo, ¡qué procacidad!

Fis. ¿Y que hago con estas fotografías? ¿las tiro?

Kal. No; ya las tiraré yo luego. Que me traigan una colección más completa, para que el Gobierno pueda formar juicio exacto, de las distintas formas de la «Contor...» digo, de represión que conviene adoptar. Puede usted retirarse.

Fis. A las órdenes de vuecencias... (Medio mutis.)

Fin. ¡Ah! oiga, amigo Fisgonio, ¿de huelgas cómo vamos?

Fis. Todas solucionadas; no queda sin resolver más que la huelga de sordo mudos.

Kal. ¿Y qué dicen los sordo-mudos?

Fis. Pues han empezado á hacer señas subversivas y muy molestas para el Gobierno en la Plaza de la Lealtad, pero yo, siempre previsor, mandé que les ataran las manos y se acabaron los gritos geométrico-sediciosos. Acérrimo servidor. (Saluda y vase.)

Fin. Este hombre vale lo que pesa.

Arm. Es un Gobernador modelo.

Kal. No encontramos otro. Lleva cinco años en el cargo y no ha hecho nada, pero absolutamente nada, sin consultármelo.

ESCENA IV

KALCUNDIO, FINANCIO, ARMANDIO, el REY VICENTE XXIV

(Salen por la primera izquierda dos alabarderos, se colocan á ambos lados de la puerta uno frente á otro, y dan un golpe en el suelo con la alabarda.)

Arm. Señores, el Rey sale. (Quedan en ala frente á la puerta izquierda, por donde aparece Vicente XXIV, vestido con batin, gorro de terciopelo con entorchados, pantalón de uniforme con ídem, zapatillas, monóculo y un puro en la boca. Anda un poco derrengado.)

Los tres (Saludando.) ¡Señor!

Rey (Muy afectuoso.) ¡Señores! ¡Mi querido Kalcun-

dio! ¡Mi formidable Armandio! ¡Ilustre Financio!

Kal. ¿Qué tal se encuentra vuestra majestad?

Rey Delicado; flojísimo.

Fin. Por Dios, señor; ¡aprensiones!

Rey Y qué, ¿tenemos hoy mucha firma? Porque me encuentro muy flojo y quisiera que el Consejo de hoy, fuese un Consejo rápido; uno de esos Consejos que yo llamo de *ídem ídem*. Vamos. (Hace una seña á los alabarderos, que se retiran, y se sienta en el sillón; los ministros quedan formando semicirculo frente á él; en primer término Kalcundio, que deja sobre la mesa guantes, pañuelo, etc., preparándose para un discusro.)

Kal. Graves y complejos asuntos hemos de someter hoy al minucioso examen de vuestra alta sabiduría, señor, pero el cuidado y atención que pone en...

Rey (Sin dejar que acabe.) Bueno, sin retóricas, querido Kalcundio; he dicho que un Consejo de ídem, ídem, conque al cogollo, al cogollo del asunto.

Kal. (Continuando su discurso, porque no le ha oído.) Señor, mi deseo era que con examen prolijo conociese vuestra majestad los diversos asuntos que preocupan...

Rey (A los otros ministros.) Decirle que vaya al cogollo, hombre, que me tengo que bañar.

Fin. (A Kalcundio, en voz muy fuerte y al oído.) Dice su majestad que se vaya usted al cogollo.

Kal. ¿A dónde?

Fin. Al cogollo del asunto, que tiene prisa.

Kal. ¡Ah, sí, sí!

Arm. (A Kalcundio.) Ha dicho que un Consejo de ídem ídem.

Kal. Ya: la firma nada más.

Rey Nada más; conque venga pronto. (Se retiran los tres hacia el fondo, preparando las carpetas para la firma.) ¡Señores, qué desgracia! ¡El presidente anterior, cojo; éste, sordo... (¡No encuentro un político de cuerpo entero!) A ver tu firma, Financio.

Fin. Aquí está, señor. (Avanza y va poniendo ante el Rey sucesivamente los decretos que cita, los cuales firma el monarca rápidamente.) Real decreto ascendiendo á... etc., etc.; es reglamentario.

Rey (Firma.) Muy bien.

Fin. Otro ídem ídem... de ídem sin importancia.

Rey (Idem.) Magnífico.

Fin. Otro ídem ídem, de la misma índole... y nada más.

Rey Admirable. Esto es un hacendista; en un minuto, despachado. (Financio se retira.) Veamos la firma de Guerra.

Arm. (Igual que Financio.) Real decreto suspendiendo el artículo quinto de la ley...

Rey (Sin que termine, firmando.) Suspenso.

Arm. Otro ídem ídem, aprobando el dictamen de la Comisión...

Rey (Idem.) Aprobado.

Arm. Otro ídem ídem, dejando para Septiembre la incorporación...

Rey (Idem.) Aprobado, suspenso para Septiembre... ¿Pero esto es de Guerra ó de segunda enseñanza?

Arm. Son decretos del tercer Instituto...

Rey ¡Ya decía yo!

Arm. Del tercer instituto armado.

Rey ¿Y tú, amado Kalcundio?

Kal. (Como los otros.) Yo, señor, sólo traigo dos concesiones de gracias.

Rey Veamos. (Leyendo el pliego que le entrega Kalcundio.) «Concediendo la Banda del Lirio Azul, á la señora marquesa de Casa-Cuña.» ¿Y por qué se le concede esta Banda á la marquesa?

Kal. Porque hace diez años que la está pidiendo, y hemos dicho: vamos á darle la Banda, para que no nos dé la murga. Con esto evitamos de paso, que su marido nos haga la oposición en la Cámara de los Nones.

Rey ¡Delicioso! Le dais la Banda á la mujer para que el marido... ¿Una carambola, no? (Firmando.) Pues, vaya por la Banda.

Kal. (Presentando otro pliego.) Esta es la pensión de cien discos de oro, á favor del eminente doctor Tumbaga, por el suero de su invención para quitar el hipo.

Rey Pero, ¿no se acordó darle el cordón de San Hilario? ¿Cómo se le da ahora dinero?

Kal. A petición suya; él está más por la *guita* que por el cordón.

Rey (Firmando.) Ahora es cuando creo que es un sabio. ¿Hay algo más?

Kal. Lo que ya sabeis, señor; la llegada del príncipe Ovilio.

Rey Sí, sí; pobre sobrino. (Se levanta y avanza al proscenio con los ministros.) La noticia de mi boda le habrá contrariado. Va á ser una entrevista desagradable, porque, claro, él, que ya se consideraba como mi único sucesor, temerá, naturalmente... Pero creo que no; yo estoy cada vez más flojo. En fin; ya hablaré con él.

Kal. Tiene un temperamento levantisco.

Rey Ese es mi temor; podría producir un trastorno en Risalia. El Ejército le adora; la Marina le idolatra... En fin, contad con mi habilidad y retiraos.

Los tres A los reales pies de vuestra majestad. (Saludan y vanse por la derecha, después de nuevo saludo en la misma puerta.)

Rey Adiós, apreciable Gobierno. (Vanse.)

ESCENA V

El REY, luego el UJIER

Rey ¡Dios mío, cuán varias y cuán múltiples las pesadumbres que abruman el ánimo de los reyes. No repuesto de la emoción de mi boda, la emoción de la llegada de mi sobrino; el temor de lo que pueda urdir; las próximas elecciones; el déficit de la Hacienda... ¡Qué cosas tan desagradables! (Se oyen dentro, hacia la derecha, las voces de varias personas que disputan.) ¡Eh! ¿Qué es eso?

Ujier (Presentándose en la puerta de la deresha.) Es Bertina, señor, la endiablada hija del guarda mayor de vuestras reales posesiones, que viene, acompañada de otras muchachas, á traer las primeras uvas de las cepas del Mariscal, y se empeña en que las veais antes.

Rey ¡Ah! ¿Es Bertina? ¿Ese diablejo? ¡Encantadora chiquilla! ¡Más alegre! ¿Y viene con sus compañeras?

Ujier Sí, señor. Ya les he dicho que vuestra ma-

jestad está tan delicado, que no puede recibir á nadie. ¿Las echo?

Rey No, no, deja; haré un esfuerzo. Que me las traigan, digo, que pasen. (El Ujier saluda y se retira.) Traen esas muchachas á esta atmósfera palatina ráfagas de aire juvenil y campesino que la purifican. (En voz alta.) ¡Que pasen, que pasen!

ESCENA VI

El REY. Por la derecha, BERTINA, MARINELA, EFRONIA, TEODORA y MARÍA. llevando en sus brazos artísticos cestos llenos de fruta. Quedan en la puerta

Música

Rey Pasad, pasad, chiquillas;
no os turbe mi presencia,
que no es el soberano
el que mirais aquí.
Pasad. Venid.
Pasad sin miedo alguno,
pues quiero, bellas niñas,
que á un simple ciudadano
veais tan solo en mí.
Pasad, pasad.

Las cinco (Avanzando.)
Mil gracias, mil gracias,
bondadosa majestad

—

Rey ¡Vaya una majadería! (Por una.)
¡Esta es otra tontería! (Otra.)
Bonitas sois las cinco;
bonitas á cual más.

Las cinco Mil gracias, mil gracias.
bondadosa majestad.

—

A ofreceros venimos
los racimos primeros
de las vides tempranas
de vuestra posesión;
y en persona queremos

entregaros el dorado fruto,
y si en algo pecamos
pedimos vuestro real perdón.

Rey Regalo tan sabroso
es muy de estimar,
y ha sido vuestro idea
digna de alabar.
Por eso, desde luego,
contad con mi perdón,
que obsequio tan galante
bien vale mi atención.

—

¡Qué frescotas! ¡Qué sencillas!
¡Qué monada de chiquillas!
Cantad alguna cosa
que mate el real *splin*
que siente el soberano
que estais mirando aquí.

Mar.
Efro. } Señor, no sé.
Teod.
María } Señor, no sé.

Ber. Si dais vuestro permiso
yo cantaré.

—

(Avanza.)
Desde muy pequeña siento
por las uvas embeleso,
y cuando pruebo una uva
parece que doy un beso.
Las de parra y las de cepa
exquisitas me parecen
y diferencia no encuentro:
porque todas me enloquecen.
No hay como un granito
de uva moscatel,
que deja en los labios
dulzores de miel.

Todas (Avanzando al proscenio.)
Mirale, mírale.

Ber. Mírale qué redondito.

Todas Mírale, mírale.

Ber. Mírale qué doradito.
Mírale, mírale.

Si lo quieres abre la boquita
y te lo echaré.

—

Tengo dicho al hortelano
que me coja un platanito,
que al aroma que despide
me relama de gustito.
Que me coja unas cerezas
que me sirvan de pendientes.
para que luego mi novio
me las robe con los dientes;
que me coja fresa
si ya está en sazón,
y á ver cuándo puede
cogerme un fresón.

Todas Mírale, etc., etc.

Hablado

Rey Muy bien. No sabéis lo que os agradezco que os hayáis acordado de traerme en persona los primeros granos de oro de esos abundosos racimos moscateleños.

Mar. Señor, para vuestra augusta persona, bien mezquino es el recuerdo.

Rey ¿Mezquino? (Acariciándola la barbilla.) ¿Dices que mezquino? ¿Tú como te llamas, pimpollito?

Mar. Marinela, señor; ¿no recordáis?

Rey ¡Ah, sí; Marinela: nombre marítimo! Ya decía yo: esta chica está cada día más saladísima. (A Efronia) ¿Y tú, regordetilla?

Efro. Efronia.

Rey (Dándole golpecitos en la espalda.) También, también tienes tu poquito de salobridad. Bueno. pues llevad á mis reales cocinas esas uvas, para que me las sirvan esta noche.

Mar. Con vuestro permiso. (Saludan y vanse por donde salieron. Al salir, el Rey detiene á Bertina con la voz.)

ESCENA VII

BERTINA y el REY

Rey Bertina.

Ber. (Volviendo.) ¿Qué mandáis, señor?

Rey Quédate; te voy á hacer un encargo.

Ber. ¿Un encargo?

Rey Sí. (Mirando á todos lados para convencerse de que nadie le observa.) ¡Bertina!... ¡Fresquísima Bertina! ¿Puedo aspirar á que me introduzcas en la real boca un grano de moscatel con tus nacarados dedos?

Ber. Honradísima, señor; tomad. (Le ofrece un grano de uva, que toma el Rey con la boca, mordiendo el dedo á Bertina.) ¡Ay!

Rey ¿Qué?

Ber. Que me habéis mordido.

Rey Estoy tan débil... Muerdo de debilidad.

Ber. Pues me habéis mordido el índice.

Rey Te he mordido el índice y no te muerdo el pie de imprenta porque... ¡Ay, Bertina! Eres un libro que está en rústica, pero debes tener un texto, que si corresponde á la portada, es para no levantar cabeza. (Acariciándola.)

Ber. ¿Ya empezáis como siempre? ¡Vamos, señor, que no está bien!

Rey Pero, ¿es que temes de mí? ¡Pobre Rey, decrépito, flojo!... ¡Mujer, no seas tonta! (Acariciándola siempre.) Pero, oye, oye; observo que has adquirido un desarrollo montaraz y una apretura de carnes, que siento ser monarca.

Ber. Por qué, ¿señor?

Rey Porque un monarca no puede meterse en apreturas. ¡Ay, Bertina; eres un diablejo encantador!... (Abrazándola.)

Ber. (Trata de esquivarlo.) ¡Señor, por Dios!

Rey Oye: ¿qué se ha hecho de aquella amiga tuya, también muy mona?...

Ber. ¿De Esmeralda?

Rey Sí; justo.

Ber. Todas las tardes la veo. Nos reunimos para bañarnos.

Rey (Tocándola la cara.) ¡Ah, pícaras; para bañaros! Y dime: ¿os bañáis donde antes?

Ber. No; ahora nos bañamos en el remanso, junto á la saucera.

Rey Pues puede que algún día caiga yo por allí. ¿Tú no sabes nadar?

Ber. No, señor.

Rey ¿Ni poco ni mucho?

Ber. Nada.

Rey ¿Y tu amiga?

Ber. Mi amiga, nada.

Rey ¿Tampoco sabe?

Ber. Digo que sí; que ella nada muy bien.

Rey Pues, mira, yo iré á enseñarte á ti; á ti solita. Y como tu amiga nada, no la digas nada. (Quiere abrazarla de nuevo.)

Ber. Vamos, señor; formalidad.

Rey Anda, dame otro granito, Bertinita.

Ber. Bueno; pero éste os le voy á tirar, á ver si acierto, en la boca. ¿Queréis?

Rey Lo que te dé la gana, riquita. (Suben al centro de la escena uno frente á otro; Bertina de espaldas á la puerta de entrada.)

Ber. Abrid la boca y cerrad los ojos.

Rey Voy. Procura no darme en la campanilla, no vaya á entrar el Ujier.

Ber. (Disponiéndose á lanzar el grano.) Cerrad los ojos, no os dé sin querer. (El Rey abre la boca y cierra los ojos, quedando en postura un poco grotesca.) ¡A la una!... ¡A las dos!... (Ruido en la puerta de entrada.) ¡Uy; gente! (Vase corriendo por la derecha.)

ESCENA VIII

El REY, REVERENCIO y luego el PRÍNCIPE OVILIO por la derecha

Rey (Continuando en la misma postura.) ¡Anda!... Venga ya...

Rev. (Entrando y ocupando el lugar de Bertina.) ¡Señor!

Rey (Con los ojos cerrados y abriendo la boca en los intervalos de las frases.) Anda ya... tira...

Rev. (Aparte.) (¡Qué dice!... ¡qué hace!) (Mas alto.) ¡Señor!

Rey (Abriendo los ojos y dado un salto hacia atrás.) ¡¡Eh!!... ¿Quién? ¡¡Reverencio!! ¡¡Tú!!

Rev. Humilde vasallo de vuestra majestad.

Rey Pero... ¿eres tú?

Rev. ¿Os sorprende mi presencia, señor?

Rey ¡Ya lo creo! ¿No has visto que me he quedado con la boca abierta? ¿Y qué trae á mi casa al fiel mayordomo de mi sobrino el Príncipe Ovilio? (Mirando á todas partes, no dando crédito á la desaparición de Bertina.)

Rev. Anunciaros que su alteza acaba de desembarcar y espera en la antecámara vuestra venia para entrar á ofreceros sus respetos.

Rey Que pase; que pase en seguida.

Rev. (En la puerta. Viste uniforme de marino de guerra.) Alteza, su majestad os aguarda.

Ovilio (Presentándose. Viste uniforme de marina de guerra.) ¿Me permitís llegar hasta vuestros reales brazos?

Rey Siempre están abiertos para ti.

Ovilio (Abrazándole.) ¡Tío de mi alma!

Rey Siéntate. (¡Que raro: viene más cariñoso que nunca!) (Se sientan en dos sillas volantes.)

Ovilio ¿Y qué hay por aquí, tío?

Rey Lo de siempre; Kalcundio en el poder. Cerradas las Cortes, ya ves: el Parlamento mudo, el Presidente sordo, el Gobierno cojo, el pueblo jorobado. ¡Idílico, querido sobrino! Apropósito; hace un momento hablaba de ti con mi Consejo de ministros.

Ovilio ¿De mi llegada?

Rey Eso es; decíamos que la noticia de mi casamiento indudablemente te habría disgustado y que tu regreso...

Ovilio Señor; antes que mi tío sois mi Rey, y, cualquier acto vuestro, debo acatarlo y aplaudirlo.

Rey (¡Viene desconocido ó trae gallo tapado!)

Ovilio Mi rápido regreso obedece solo al deseo de felicitaros y de ponerme á las órdenes de mi nueva soberana.

Rey Pues, la verdad, yo creí que pudieras abrigar el temor, muy justo por cierto, de que por mi nuevo estado tu sucesión al trono... Pero no tengas cuidado; yo ya estoy nada más para sopitas y buen vino. A mi edad, no hay reconstituyentes posibles.

Ovilio Me han asegurado que la Reina es de una belleza superior á todo elogio.

Rey Hombre, no es ninguna piltrafa, para qué te voy á engañar.

Ovilio ¿Y cómo os habéis atrevido con una mujer de veintidós años?

Rey Perdona: de veintiuno.

Ovilio ¿Qué más da uno que dos?

Rey Antes de casada, no te lo discuto, pero después, de uno á dos hay mucha diferencia.

Ovilio Pues bien, querido tío; aprovechando el fausto suceso, os pido una gracia.

Rey Concedida de antemano. ¿Cuál es?

Ovilio Que me restituyáis en mi antiguo cargo de jefe superior de Palacio.

Rey Restituído.

Ovilio Pero recabo de vos amplios poderes para poder ejercer mi autoridad desde este mismo momento.

Rey Por de contado.

Ovilio Gracias.

Rey (Levantándose. Reverencio coloca las sillas en su sitio.) Y ahora voy á prevenir á tu tía y á dar las órdenes necesarias para los festejos que quiero se celebren en honor de los guardias marinas. Una cacería... una recepción... un revoco general de fachadas... Ya estudiaré la forma. Adiós, querido sobrino. (Le abraza.)

Ovilio Adiós, señor.

Rey (Haciendo mutis por la primera izquierda.) No esperaba tanta humi dad. ¿Qué se traerá éste? (Mutis)

ESCENA IX

OVILIO y REVERENCIO

Ovilio ¿Has oído?

Rev. He oído.

Ovilio Pues bien, mi querido Reverencio, es preciso que me digas con qué objeto me has impulsado á pedir á mi tío la jefatura de Palacio y los más omplios poderes para ejercerla.

Rev. Lo vais á saber. Mi sueño dorado de servi-

dor leal, era veros ocupando el trono glorioso de Risalia, y la imprevista boda de vuestro tío, echa por tierra esta ambición.

Ovilio Pero es que supones...

Rev. De que el Rey, vuestto augusto tío, tenga una aucesión legítima, no abrigo grandes temores, y aunque la Reina es una princesa virtuosa y recatada, da la fatal coincidencia que toda la servidumbre masculina de Palacio, es de una belleza verdaderamente alarmante, y, creedme, señor; nunca fué de prudentes colocar el fuego junto á la estopa.

Ovilio ¿Qué dices?

Rev. Lo que oís, señor. Los dos Edecanes de la Reina, son dos porcelanas de Sajonia; los Ayudantes de la Cámara, arrebatadores Narcisos; los pajes, lindos y perfumados, y, en fin; ¡hasta el marinero encargado en el lago de las barcas de pesca, es bonito!

Ovilio ¿Pero es posible?

Rev. Vais á convenceros. Voy á llamar á dos simples Ujieres para que juzguéis. (Va á la puerta de la derecha y llama.) ¡Silfidio! ¡Linderio! Venid un momento.

ESCENA X

DICHOS y dos UJIERES, que no es ninguno el de las primeras escenas, aparecen por la derecha los Ujieres (hombres) que arrebatan de belleza

Los dos ¡Señor! (Saludo.)

Rev. El Príncipe desea conoceros.

Los dos ¡A las órdenes de vuestre alteza!

Rev. (Aparte á Ovilio.) ¿Qué tal?

Ovilio (Idem.) (Caramba: ¡son preciosísimos!) (Alto.) Podéis retiraros.

Los dos ¡Señor! (Saludan y se van.)

Rev. ¿No os lo dije? Pues á esos los tienen en la antecámara por feos. ¡Calculad cómo serán los demás!

Ovilio ¡Demonio! ¿Y tu plan?

Rev. ¿No lo adiviná is todavía? Rodeada la soberana de tanto bibelot, el peligro es induda-

ble, pero siendo vos jefe de Palacio, este peligro desaparecerá.

Ovilio ¿Por qué?

Rev. Porque toda esta servidumbre de Adonis y Narcisos, si queréis seguir mi consejo, debe ser substituída en el acto por otra de esperpentos.

Ovilio Sí, sí; tienes razón. Pero dime: ¿dispones tú de la cantidad de feos necesaria para cubrir todos los servicios de Palacio?

Rev. ¡Y me sobran! ¿No veis que desde que concebí mi plan, no ha habido bizco, chato, narigudo, ni defectuoso, que yo no reclutara? Dentro de un minuto, todos estos prodigios de belleza, serán substituídos por una colección de calcomanías espantables.

Ovilio Pues á ello. Manos á la obra y así podremos decir que «sólo un hijo de mi tio», debidamente contrastado y garantizado, me quitará la corona. Vamos por tus feos. (Vanse los dos por la derecha.)

ESCENA XI

ESTEROLICIA, AMALIA y ADELIA por la segunda izquierda, seguidas de tres alabarderos (mujeres). Son tres infantas, hermanas de ta Reina; mujeres ridículas y excesivamente feas. Salen al compás de la música. Detrás de cada una va un alabardero, que las seguirá é imitará en sus movimientos, acompañando el cantable con golpes de alabarda, según se indica en la partitura. Las tres usan impertinentes

Música

Adelia Adelia Finatelia
de Hamburgo y de Vitelia,
duquesa de Cebú.

Amalia Amalia de Risalia,
marquesa de la Dalia,
condesa de Tolú.

Est. Esterolicia de Rubicón.

Las tres Las tres, infantas somos
de la nación. (Golpes y evolución.)

—

Distinguidas, elegantes,
partidarias del escote
y enemigas decididas
de la falda *yuc-culote.*
Aunque hay muchos cortesanos
que están siempre, á todas horas,
viendo á ver cuando distinguen
un *culote* en las señoras,
nosotras imponemos
la *dernier cri,*
y no hay *esteplinchas*
ni *golf* sin mí. (Golpes y evolución.)
Fíjese que *cachet,*
en el modo de mirar
y en el modo de llevar
la *tualé.*
Fíjese, fíjese
que modales al andar
y en la forma de posar
el pie.
Pues á pesar de esta *tualé*
y de este modo de posar el pie,
ni un hombre nos ha dicho
por ahí se pudra usté,
y, la verdad,
no sé por qué.
(Evolución y tres golpes finales.)

Hablado

Adelia Podeis retiraros, escultóricos guardias.

Amalia Esperad ahí fuera, que ya os llamaremos, gentiles alabarderos.

Est. No alejaros mucho, primorosos vigilantes. (Los tres alabarderos saludan y hacen mutis por la derecha. Bis en la orquesta.)

Adelia Pero ¿habeis visto qué belleza de hombres?

Amalia ¡Son de una hermosura inquietadora!

Est. Mareante. Como la de toda la servidumbre masculino-palatina. ¡Cuánto hombre guapo! ¡Ya es demasiado! Porque yo os juro, queridas hermanas, que desde que vivo en palacio, mi vida, ante tanta belleza varonil, es un dulce tormento.

Adelia ¡Como la mía!

Amalia ¡Pues y la mía!

Est. ¡Y es natural! Tres mujeres jóvenes con tres corazones como tres cráteres de tres Vesubios en tres erupciones y las tres sin que nos salgan tres príncipes que nos digan tres tonterías. ¡Qué triste es esto!

Adelia ¡Desconsolador!

Amalia Y decidme: ¿habeis visto por casualidad al sobrino del rey, nuestro cuñado, el príncipe Ovilio de Bramante?

Est. Yo le he visto.

Las dos (Con ansiedad.) ¿Y qué tal es?

Est. ¡Bellísimo! ¡Un ensueño! Nos hemos cruzado en una galería, me ha hecho una reverencia, yo le he dicho «adiós, Ovilio», y me he quedado devanándome los sesos para discurrir cómo le atraería.

Adelia ¡Oh, si pudieras casarte con él!

Est. Desde que supe su llegada, esa idea es mi pesadilla. ¡Casarme con un príncipe! ¡Ver nuestra nobleza aumentada y sostenida por un Bramante! ¡¡Ojalá!!

Amalia Tiende tus redes.

Adelia Espesa la malla y que no se te escabulla.

Est. Callad, el doctor Astenio llega. Ahoguemos nuestras pasiones en una elegante frivolidad.

ESCENA XII

DICHAS. El DOCTOR ASTENIO. Después TRES ALABARDEROS (hombres) y un UJIER

Ast. (Saliendo primera izquierda.) ¡Altezas! (Reverencia.)

Est. ¡Querido galeno! ¿Dónde vais?

Ast. A dar el parte de Su Majestad.

Amalia ¿Cómo sigue el rey?

Ast. ¡Estacionario! ¡Débil! ¡Flojísimo! Lo peor es la falta de apetito. Para ver si se lo abrimos, vamos á ensayar un nuevo específico: «La Heliogabalina» ¡Está haciendo milagros! Se come con él hasta en las fondas de las estaciones.

Adelia ¡Qué prodigio!

Ast. La salud es la gana de comer. ¡Gana!... ¡Siempre gana! Es mi lema. (A Estorilicia.) Y

vos, princesa: ¿cómo vais de vuestras dolencias?

Est. Mal; muy mal. Siguen los insomnios; me dan mareos... ahogos... Cuando estoy más descuidada, parece como que me cogen... Yo no sé qué es esto.

Ast. ¡Gana! ¡Siempre gana!... Gana de comer es lo que os hace falta. Ensayaremos también con vos la «Heliogabalina». Y desde luego no me abandoneis los baños tónicos que os tengo ordenados: los baños de sol. ¡Última palabra de la terapéutica moderna! ¿Seguís tomándolos?

Est. Como me los mandásteis; ya llevo cinco.

Ast. ¿Tres horas al sol?

Est. Tres horas al sol.

Ast. ¿Y no encontrais alivio?

Est. Ninguno.

Ast. ¡Es raro que no os hagan efecto los baños de sol!

Amalia Os advierto, doctor, que para tomarlos se lleva una sombrilla.

Ast. ¡Acabáramos! Entonces haceis lo que Su Majestad, que toma las duchas con impermeable; lo cual es como el que tiene reuma y se da una untura en el *pardesus*. ¡Eso es desacreditar la ciencia! En fin, con vuestro permiso me retiro. ¡Altezas: rendido á vuestras órdenes! (Saluda y vase por la primera derecha.)

Las tres Adiós, doctor.

Est. Y ahora nosotras satisfagámonos contemplando la belleza de nuestros servidores. (Llamando desde la puerta de la derecha.) Bellos guardias, venid. (Aparecen por la derecha tres Alabarderos feísimos, horribles.)

Las tres (Retrocediendo asustadas.) ¡Jesús!

Amalia ¡Santo Dios!

Adelia ¿Qué es esto?

Est. ¿De dónde han salido estas alimañas?

Amalia ¿Quienes sois?

Alab. 1.º Los nuevos servidores de Vuestras Altezas.

Adelia Pero ¿y los otros?

Alab. 1.º Acaban de ser destituídos por el actual jefe superior de palacio, príncipe Ovilio.

Est. Pero es que no hay quien pueda obligarme

á mí á variar de servidumbre sin mi aquiescencia.

Alab. 1.º Acatamos altas órdenes, señora.

Amalia ¡Son tres chuchos!

Est. ¿Cuál es mi alabardero?

Alab. 1.º Servidor, señora.

Est. ¡No!... ¡quiá! ¡Yo no tolero esto! ¡A mí no me hacen un feo como éste! Voy á llamar al ujier que avise al rey. (Hace sonar el timbre que hay sobre la mesa. Entra por la primera izquierda un Ujier, que es otro chucho, más feo aun que los alabarderos.)

Feo (Entrando y haciendo una reverencia.) ¡Alteza!

Adelia / **Amalia** (Retrocediendo.) ¡Horror!

Adelia ¿Quereis que llame al paje?

Est. ¡No: que va á salir un *fox-terrier!* Ya pondremos esto en claro. Tal arbitrariedad le costará muy cara á quien la haya cometido. ¡Pero muy cara!

Feo ¡Señora! (Saluda y vase por donde entró)

Est. ¡¡Pero qué cara!! (Por el Ujier.)

Amalia (Mirando hacia la izquierda.) Nuestra hermana llega.

ESCENA XIII

DICHOS. Por la primera izquierda, la REINA, ARNOLDO, RIGO DE ALBIÁN y DAMAS. Por primera derecha otras damas, CABALLEROS, DIPLOMÁTICOS, GUARDIAS DE PALACIO, (seis señoras uniforme distinto á los Alabarderos) el PRÍNCIPE OVILIO y REVERENCIO, y, por último, el DOCTOR ASTENIO. Quedan todos ocupando la escena; la Reina y sus hermanas en el centro; el Doctor, Rigo y Arnoldo á ambos lados de la Reina y Ovilio y Reverencio aparte y hacia la derecha. Las Damas que siguen á la Reina hacia la izquierda; la corte formando semicírculo y los Guardias de Palacio al fondo. Las puertas quedan guardadas por los tres Alabarderos «feos» y el Ujier. Rigo de Albián trae en la mano un hermoso ramo de claveles

Música

Est. ¡Qué figura, la figura
que posee nuestra hermana!

Adelia ¡Qué delicia de criatura!

Amalia ¡Es realmente soberana!
Est. Hasta los gestos
son señoriales,
y hasta las formas
son formas reales.
Ast. (Aparte.)
Yo no la puedo
mirar de frente,
porque me quedo
casi inconsciente.
Rigo } Señora:
Arn. } lo mismo antes que ahora
juramos que es verdad,
que estamos á las órdenes
de Vuestra Majestad.
Todos Que estamos, etc.

—

Rigo } Una mirada es un mandato
Arn. } que cumplir;
un ademán es un deseo
que servir.
Lo más nimio, lo más raro,
lo que sea mándenos,
que vivimos y alentamos
y pensamos solo en vos.
Reina ¡Qué servidores!
¡Qué frenesí!
¡Están pendientes
solo de mí!
Nunca creyera
tanta lealtad.
¡Qué suerte tiene
mi Majestad!

—

Los dos Una mirada es un mandato.
Reina Ya lo sé.
Los dos Un ademán es un deseo.
Reina Bien se ve.
Los dos Lo más nimio, lo más raro,
lo que sea...
Reina Basta ya.
Con qué ciegos servidores
cuenta aquí mi Majestad.

—

Rev. (Aparte.)
No perdais detalle.
Ovilio No tengas cuidado.
Rev. Ahora por lo pronto
ya habreis observado.
Ovilio No te preocupes,
yo sabré vencer.
Dentro de un momento
no habrá que temer.

—

Reina Soberana, soberana,
de la tierra Risaliana;
soberana me miré,
soberana y quien creyera
que de amores se rindiera
todo el hombre que me ve.
Me desean al hablarme,
me codician al mirarme
sin saber disimular.
La lisonja suena á flores,
la palabra suena á amores
y hasta miran sin mirar.
Todos Soberana, soberana,
de la tierra Risaliana,
bien ganado tiene el trono
esa espléndida beldad.

—

Reina Ya estoy harta de homenajes,
reverencias, vasallajes,
y promesas de lealtad.
Fuera los admiradores,
fuera los aduladores
que pregonan mi beldad.
Todo aquel que me rodea
piensa solo en una idea
que la oculta por temor.
Todos sueñan con lo mismo
y me fingen servilismo
por llegar hasta mi amor.
Todos Soberana, soberana,
etc., etc.

Hablado

Reina (A Ovilio.) ¿Conque jefe superior de palacio? Muy bien, muy bien; complacidísima.

Ovilio Y yo satisfecho de honor tan grande, que al par que me honra me produce la alegría de estar cerca de Vuestra Majestad, encantadora tía.

Reina Eres deliciosamente amable, Ovilio. (Se separan; la Reina habla con sus hermanas y Ovilio con Reverencio.)

Ovilio (Aparte á él.) ¿Qué tal, Reverencio?

Rev. La servidumbre baja ya es toda nueva; ahora de la alta habeis de encargaros vos.

Ovilio Descuida.

Rigo (A la Reina, que se aproxima á él.) Señora: los claveles que os he prometido. (Le entrega el ramo que lleva en la mano.)

Reina (Tomándolos.) ¡Pero, Conde: sois verdaderamente encantador! ¿Cómo este prodigio? ¡Traerme fuera de tiempo flores que no son de estufa!

Rigo (Apasionadamente, aunque respetuoso.) Fuera prodigio desearlas vos y que yo no las trajese, señora. (¡Cada día está más bella!) (Siguen en voz baja.)

Rev. (Aparte á Ovilio.) ¿Lo vió Vuestra Alteza? ¡Le ha dado unas flores.

Ovilio Ya lo he notado.

Rev. Y para una mujer joven, ese pollo es de un rubio que no pierde.

Ovilio (Ahora verás) (Alto, aproximándose á Rigo.) Conde; perdonad un momento. (La Reina vuelve con sus hermanas.)

Rigo A vuestras órdenes, Alteza.

Ovilio ¿Me quereis decir qué cargo ocupais en la corte?

Rigo Ayudante á las órdenes de la Reina, Alteza.

Ovilio Está bien. Pues como jefe superior de palacio, he pensado que ocupe ese puesto el general Marconi.

Rigo ¿Tan anciano?

Ovilio Es el premio á cincuenta años de servicios. ¡Lamento vuestra contrariedad, pero...!

Rigo Está bien, Alteza; á vuestras órdenes. (Aparte, haciendo mutis por la derecha.) ¡Me aleja de ella!... ¡Me mata!)

Arn. (Aparte.) (¡Oh, fortuna!... ¡me quita un rival de enmedio!)

Reina (Volviéndose á él.) Teniente Arnoldo.

Arn. (Acudiendo presuroso) ¡Señora!

Reina Seguid contándome vuestro sueño de anoche; ¡era tan interesante!...

Arn. Pues nada, señora: soñé que yo, robándole á un ángel las alas en una loca ambición de amor y de gloria, empecé á subir... á subir por una escala, á cuyo final, muy lejana, se veía aguardándome la silueta de una mujer divina!

Reina ¿Y no la conocíais?

Arn. Estaba tan alta, que sólo pude averiguar que era una mujer coronada... coronada de estrellas, no tan brillantes como sus ojos.

Reina ¡Qué loco sueño!

Arn. Ella me gritaba: «No subas, pero yo permanecía sordo á su ruego y seguía mi ascensión; «no subas»,—repetía,—y yo siempre sordo...

Ovilio (Dándole un golpecito en el hombro.) Teniente.

Arn. ¡Señor!

Ovilio Tengo que deciros...

Arn. Que queda suprimido mi cargo; ¿no es eso?

Ovilio En efecto. Y dada vuestra perspicacia, os nombro agregado militar de nuestra embajada en Rigonia; seréis un gran diplomático.

Arn. (Aterrado.) ¡En Rigonia! ¡A quince días de navegación!

Ovilio Con buena mar, catorce y medio.

Arn. A vuestras órdenes. (Haciendo mutis por la derecha.) (¡Me ha destrozado!)

Reina Pero, ¿qué haces con mis ayudantes, querido sobrino?

Ovilio Proporcionarles cargos, donde su brío y pujanza tenga más adecuado empleo.

Reina ¿Y en su lugar?

Ovilio Descuidad: los más bravos generales del ejército Risaliano, ocuparán sus puestos. (Se separan. Ovilio se dirige á Reverencio.) ¿Qué te parece?

Rev. Muy bien, Alteza; muy bien.

(Aparece Rigo por la derecha con uniforme de Gentil-hombre.)

Ovilio ¡Calla!... ¡El Conde Rigo con otro uniforme!

Rev. Y que éste le favorece mucho más. ¡Está peligrosísimo!

Reina (Deteniendo á Ovilio, que avanza.) ¿Qué es eso? ¿Qué uniforme lleváis, querido Conde?

Rigo El de mi segundo cargo.

Ovilio ¿Cómo?

Rigo Sí; además de Ayudante, soy Gentil-hombre al servicio inmediato de la Reina.

Ovilio Es que también he pensado en cubrir ese puesto, de modo que desde este momento quedáis destituído de la flamante gentileza.

Rigo Está bien. (Saluda y hace mutis por la derecha.)

Reina (Volviendo á acercarse á Ovilio.) ¿Sabes, sobrino, que preparamos grandes fiestas en honor de tus guardias marinas?

Ovilio Algo me han dicho.

Reina El regreso del barco ha causado una alegría general, sobre todo entre las damas de palacio. La mayoría de ellas tenían á sus novios en viaje de instrucción.

Ovilio Lo comprendo.

Reina (A las Damas.) Vamos á mi cámara y allí ultimaremos los detalles. Quiero tenerlo todo preparado para cuando esa brillante juventud alegre estos salones con su bullicio y arrogancia. (Bis en la orquesta y hacen todos mutis por donde salieron, quedando sólo en escena el Príncipe Ovilio y Reverencio.)

ESCENA XIV

PRÍNCIPE OVILIO y REVERENCIO. Después el CONDE RIGO DE ALBIAN

Rev. Ese es el procedimiento, señor. ¡Guerra á los guapos! No dejéis uno.

Ovilio Ya has visto las primeras bajas. Bueno, ¿y tú me hiciste la lista de peligrosos de la alta servidumbre?

Rev. (Entregándole un papel.) Aquí la tengo. Estos son todos aquellos con los que á mi juicio,

debe Vuestra Alteza tomar una determinación rápida.

Ovilio ¡Fuera los guapos! ¡Fuera todo el mundo que no sea de una fealdad subida, repugnante.

Rev. (Mirando hacia la derecha) ¡Cuerno!... ¡El conde Rigo con otro uniforme!... ¡Y que viene hecho un brazo de mar!

Ovilio ¿Pero qué hace este hombre? (Aparece Rigo con nuevo uniforme: Ovilio le corta el paso.) ¿Adónde vais, Conde?

Rigo Señor: que acabo de ser nombrado primer espolique al servicio inmediato de la Reina.

Ovilio Pero, ¡caramba!... ¿Quién os da tantos destinos?

Rigo Mi tío.

Ovilio ¿Y quién es vuestro tío?

Rigo Montero.

Ovilio ¿Montero?

Rigo Montero Mayor del Rey.

Ovilio ¡Ya decía yo! Pues decidle á vuestro tío, que quedáis destituído del nuevo cargo y que siga nombrándoos lo que quiera.

Rigo ¿De modo que no puedo estar al lado de la Reina ni de espolique?

Ovilio Ni de espolique.

Rev. (¡Y si te pica, que te pique!)

Rigo (¡Resignación!) ¡Alteza! (Reverencia y mutis.) (¡Voy á ponerme otro uniforme á ver!...) (Se oyen cañonazos hacia la parte de la bahía.)

Ovilio ¿Oyes? ¡Nuestros cañones! Los guardias marinas desembarcan y vienen hacia aquí. Corro á ponerm eal frente de ellos (Vanse los dos.)

ESCENA XV

DAMAS DE PALACIO (segundas tiples), por la izquierda. Después OVILIO y GUARDIAS MARINAS (coro de señoras), por la izquierda

Música

Damas (Saliendo.)

¡Por fin llegó el momento
tan deseado!
Por fin llegó el instante
que yo he soñado.

Pensando en sus amores
viene el que espero.
Ya llegan los marinos
de su crucero.

(Suben al foro y se asoman al ventanal.)

¡Qué bizarros, qué gentiles
y qué airosos desembarcan.

(Cañonazos.)

Ahora el buque los saluda
con las salvas de ordenanza.
¡Hurra! (Agitando los pañuelos.)
Ya forman en el muelle.
Ya vienen hacia aquí.
¡Dios mío, qué alegría
tenerle junto á mí!
¡Hurra!
¡Hurra!

(Aparecen por la derecha Ovilio y los marinos; evolucionan y quedan frente al público.)

—

Ovilio Rompan filas. ¡Ar!

(Rompen filas y forman parejas.)

Guardias Esperanza que siempre
llevé conmigo,
y como un relicario
guardé en mi alma.
Tú, en las noches sin puerto
fuiste mi abrigo,
y tú en las tempestades
fuíste la calma.

Damas Yo también he luchado
con los pesares,
y he sufrido en tu ausencia
duro tormento.
Y al cruzar en tu barco
los anchos mares,
te acompañaba siempre
mi pensamiento.

Todos La fortuna veleidosa
á otras tierras le/me llevó;
la fortuna caprichosa
á mis/tus brazos te/me volvió.
Soy dichosa/dichoso y á mi/tu lado

te / me ha traído la ilusión,
y en mi / un beso ha palpitado
amoroso el corazón.

Guardias ¡Vida mía!
Qué cosas al oído
yo te diría.

Damas Marinero;
también yo muchas cosas
decirte quiero.

Todos Pensando en ti
soñé de amor
contemplando el ancho mar,
y en mi ideal
se presentó;
mi sueño era el estar
junto á ti.

—

Ovilio Avante, muchachos,
más no confiar,
que en los mares del cariño
es muy fácil naufragar.
Oid mi canción;
por ella sabréis
lo que es el sufrir
por una mujer.

—

Yo puse mis amores en unos ojos
que nunca sin turbarme pude mirar;
eran ojos azules como las aguas
del mar.
Yo puse mis amores en unos labios
que nunca con mis labios llegué á juntar.
Eran labios más rojos que los corales
del mar.
Yo he visto que su pecho de rosa y nieve
se agitaba con ansias de respirar,
y subía y bajaba como las olas
del mar.
Y sus ojos tan azules me engañaron
y sus labios siempre rojos me mintieron,
y en mi pecho sus amores se ocultaron
y murieron.

—

Todos ¿Qué me importa que naufrague
en los brazos del amor?
Si tus brazos no me faltan
no hay temor.
Que en mi ideal
te presentí;
mi sueño era el estar
junto á ti.

—

Guardias Ya la corte se aproxima.
Ovilio Listos, muchachos, pronto, á formar;
que para daros la bienvenida
aquí se acerca Su Majestad.
(Forman á la derecha y las Damas forman grupo á la izquierda.)

ESCENA FINAL

DICHOS. Por la izquierda, el REY, la REINA, ESTEROLICIA, AMALIA, ADELIA, DOCTOR ASTENIO y cuatro ALABARDEROS. Detrás CABALLEROS DE LA CORTE y AYUDANTES DE SU MAJESTAD, Por último término derecha, KALCUNDIO, FINANCIO y ARMANDIO, seguido de los GUARDIAS DE PALACIO (señoras), y el resto de la Corte. El Rey viste de uniforme, con banda atravesada; trae de la mano á la Reina. Avanzan hasta los Marinos

Rey Sed bien venidos. (Saludo.)
Reina Sed bien hallados. (Idem.)
Est. Son todos ellos
muy agraciados.

—

Rey La Corte, tan fausto suceso
quiere celebrar.
Todos Es muy natural.
Rey Y yo he lanzado varias ideas
que no son feas,
y de mis labios vais á escuchar.

—

Yo he pensado que en palacio se dé un *lonch.*
Todos *Lonch.* (Hablado y con voz grave.)
Rey Y que el lunes haya un gran *stiplen chas.*
Todos *Chas.* (Siempre lo mismo.)

Rey Y el domingo que se baile un cotillón.
Todos *Llon.*
Rey Y se obsequie á las señoras con *foa-grás.*
Todos *Grás.*
Rey Yo quiero echar el resto
gastando un fortunón.
En fin, yo quiero que esto
sea una estupefación.
Todos El quiere echar el resto,
etc., etc.

—

Rey También pienso en una fiesta de pistón.
Todos *Ton.*
Rey Donde rieguen los salones con *champán.*
Todos *Pan.*
Rey Y haya bailes y sorpresas y emoción.
Todos *Ción.*
Rey Mientras tocan mil y pico de *sigans.*
Todos *Gans.*
Rey Yo quiero echar el resto,
etc., etc.

Todos ¡Viva el Rey!
Salud y honor,
felicidad,
para el Rey nuestro señor.
(Evolucionan los Marinos y desfilan ante los Reyes; avanza la corte y cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La escena representa un trozo de monte de caza con sus piedras y malezas características. En el foro, ocupándolo casi todo, corpulentos árboles que cruzan sus ramas y cuyos troncos se hayan muy próximos unos á otros. En el centro, hacia la izquierda, una peña practicable, más alta que las demás y desde la cual se supone que se domina el paisaje que se encuentra al otro lado. A la derecha, en segundo término; al pie de un árbol, un tronco en forma de banco. La peña grande tiene desembarque á la escena, por ambos lados. La acción de este cuadro empieza á la caída de la tarde. Son paso para la escena todos los términos.

ESCENA PRIMERA

BERTINA, MARINELA y EFRONIA, por tercera derecha

Salen corriendo y riendo. La primera trae una sábana grande colgada al brazo

Hablado sobre la música

Ber. (Saliendo.) ¡Ja, ja, ja! ¿Vienen?
Mar. (Mirando hacia dentro y con alegría.) Han perdido nuestra pista.
Ber. Fijaos bien.
Efro. No, no vienen; ¡si son unos torpes!
Mar. Oye, Bertina; ¿y no será una imprudencia

bañarnos hoy con tanto señorón de caza? (Avanzan al proscenio.)

Ber. ¿Por qué? Ya está cayendo la tarde; la cacería acabará en seguida. No seais tontas y vamos á nuestro baño. Hoy me tocaba á mí traer la sábana y no os podeis quejar, ¿eh? (Mostrando la sábana.) ¡De matrimonio con hijos!...

Mar. (Corriendo á mirar hacia la derecha.) ¡Espera, espera!

Ber. ¿Qué?

Mar. No... nada; me pareció que eran los mozos que nos han seguido.

Ber. Sí; lo que es hoy, si van á la saucera, buen chasco se llevarán. ¿Vamos?

Efro. ¡Al agua! (Después de mirar si las persiguen, desaparecen bulliciosamente por última izquierda.)

ESCENA II

El REY, KALCUNDIO, FINANCIO y ARMANDIO, por la segunda izquierda, vestidos con trajes de cazadores. Llevan escopetas y salen explorando el terreno, con pasos á compás y cómicamente, para quedar frente al público en fila y las escopetas apoyádas en el suelo. dando un golpe con el último acorde

Cantado

Todos

El terror de los palomas,
el pavor de las perdices,
y el espanto de las coco...
de las coco... codornices;
el asombro de las liebres,
el non-plus de los conejos,
y el *requiescan-cantinpace*
de aguiluchos y vencejos.
Lo que salte, lo que brinque,
lo que corra, lo que vuele,
si le apunto dos segundos
escapárseme no suele;
jabalí al que pongo cerco,
jabalí que cae en el lazo:
más que azote de la caza
somos casi *un azotazo.*

(Recorren la escena como á la salida.)

—

Rey Si le tiro parado á un conejo...
Los tres No queda ni el pellejo.
Rey Si me sale una tórtola sola.
Los tres De un tiro la atortola.
Rey Y si el ave es de lar de rapiña.
decidme, ¿qué sucede?
Los tres Que la diña.

—

Rey Yo nunca marro
ni me confundo,
mato seis ciervos
en un cuarto de segundo,
y es el punto de mira
de mi escopeta,
un billete de eslipin
pa el otro mundo.
Los tres Yo nunca marro,
etc., etc.

—

Rey Si me sale volando un mochuelo.
Los tres Volando cae al suelo.
Rey Si me salta ligero un cuclillo.
Los tres Se entrega el pobrecillo.
Rey Y si á un corzo distingo que brinca,
decidme, ¿qué sucede?
Los tres ¿Qué? ¡La hinca!

—

Rey Yo nunca marro,
etc., etc.

Hablado

Kal. ¡Oh, qué día tan espléndido de caza!
Arm. Yo no puedo quejarme; he cobrado setenta y ocho piezas.
Fin. ¿Y Vuestra Majestad?
Rey Yo, ya sabeis que apenas cobro; mis tiros son poco certeros. ¡Lo de esta mañana fué una desgracia.
Arm. ¿Qué pasó á Vuestra Majestad?
Rey Pues nada: que me salió un conejo por entre unas peñas á la altura de mi cabeza; le apunté, disparé y le rompí un ala... (Movi-

miento de extrañeza en todos.) al sombrero del señor Presidente, con tal fortuna, que no le dió un solo plomo en el cuero cabelludo.

Kal. (Aparte á los otros.) (¡Si llego á tener la cabeza un centímetro más alta, hay crisis.)

Rey Hombre, ¿qué pájaro sería ese último que le tiré cinco tiros y como si no?

Fin. Señor, era un cuco.

Rey Debí figurármelo: comer de las cosechas del Rey y no alcanzarle los tiros... ¡un cuco tenía que ser! Bueno: si os parece, podemos tomar un tente en pié.

Kal. Muy bien pensado.

Rey Venid. Probaremos un jamón selecto y un vinillo de las cepas de esta posesión, como no hay otro en Risalia.

Kal. ¿Y dónde lo teneis, señor?

Rey ¡Ah; ese es mi secreto! Ya vereis, ya vereis. Venid, venid.

Kal. Seguimos á Vuestra Majestad. (Vanse por primera derecha.)

ESCENA III

MOZO 1.º, MOZO 2.º y MOZO 3.º

Salen tercera izquierda, ocultándose entre los árboles y riendo, y trayendo cada uno un bulto de ropa, viéndose que son prendas de mujer. Son tres lugareños

Mozo 1.º Oye: ¿estás seguro de que la Bertina no te vió coger la ropa?

Mozo 2.º ¡Qué había de verme! La estaba echando agua la hija de la Fermina y ella chillaba y se reían las dos á tóo reir y no se fijaron en na.

Mozo 3.º Pues yo me aproveché de un momento en que la Efronia se estaba secando con la sábana.

Mozo 1.º (Riendo.) ¡Miá que cuando salgan y se encuentren sin la ropa! ¡Creían que se habían burlao de nosotros!

Mozo 2.º Ahora, en castigo, dejamos la ropa detrás de la fuente grande y las corremos por to el monte.

Mozo 3.º ¡Eso, eso! ¡Miá que es una broma graciosa! ¿eh?

Mozo 1.º Bueno; pero de esto, ni una palabra á *naide*.

Mozo 2.º Claro que á *naide*.

Mozo 1.º Pues vamos. Lo que es esta vez, no se me pone moños la remilgá de la Bertina. (Vanse riendo por la tercera derecha.)

ESCENA IV

Por la segunda izquierda, sale la REINA con traje y escopeta de caza, seguida de los AYUDANTES 1.º y 2.º, dos generales viejos y derrengados, que andan apoyándose en bastones-muletas; visten de uniforme y traen escopeta de caza, morral, canana, etc. El primero trae una gran trompa de caza cruzadaen bandolera. Tras ellos vienen ESTEROLICIA, AMALIA, ADELIA y el PRÍNCIPE OVILIO, trajes de caza y escopeta; REVERENCIO, como en el primer acto y cuatro ESCOPETEROS, de casaca roja, calzón blanco, bota de montar y gorra de terciopelo, con escopeta, canana, trompas y piezas de caza variada. Son excesivamente feos

Reina (Enfadada, á los Ayudantes.) ¡Vamos, señores ayudantes, por Dios! ¡Hagan un esfuerzo, que el Rey se nos ha adelantado!

Ayud. 1.º Señora, no me es posible correr más. Hágase cargo Vuestra Majestad, ¡son ochenta y seis años... ¡y la mar de arreos!

Ayud. 2.º (Viene jadeando.) ¡Ay, Dios mío!

Reina ¿Qué os pasa, general?

Ayud. 1.º Nada, señora, que yo no puedo con la trompa, ea. ¡Darme este *trompazo* á mis años!

Reina Pero, ¿tan cansados están ustedes, generales?

Ayud. 1.º Este general, en particular, no puede con su alma. (Pasan y se sientan en el tronco de la derecha.)

Reina Y qué tal, hermanas, ¿cómo se ha dado la caza?

Amalia Muy mal; llevando esos escopeteros, la caza huye á dos kilómetros; lo he observado.

Est. Como que yo se lo he dicho á estas: con esas caras, descastan el monte, ya lo vereis.

Ovilio Pues no son tan feos.

Reina Ea, señores, pronto se hará de noche y nos

hemos distanciado bastante del Rey; marchemos en su busca.

Todos Marchemos. (Vanse todos por la segunda derecha, oyendo á poco carcajadas entre los que se alejan.)

ESCENA V

Por la segunda izquierda, aparece RETAMA, en mangas de camisa, guarda bastante viejo, con bandolera y sombrero con escarapela, bocina y escudo real Luego el REY, por la primera derecha

Retama sale con precaución, mirando a todas partes. Lleva en la mano una cayada y atado en la punta de la misma un pañuelo blanco. Avanza hasta el proscenio en la forma indicada, mira á la derecha, da muestras de haber divisado el grupo de personas que acaba de salir, se encarama sobre la peña alta del fondo, enarbola el palo con el pañuelo y lo agita en el aire de izquierda á derecha y de derecha á izquierda, vuelto de espaldas al público. En esta faena le sorprenderá el Rey, que sale por la primera derecha

Rey ¿Dónde estará la?... ¡Eh!... ¿qué hace este montaraz?... ¿Estará ojeando vencejos? (Se acerca á la peña y toca á Retama con la escopeta.) ¿Qué haces, buen hombre!

Ret. (Volviéndose y quedando aterrado.) ¡¡El Rey!! (Se quita el sombrero y deja de hacer señas.)

Rey Ponte, ponte el sombrero; me chocó verte agitando ese palo con el pañuelo y me he preguntado: ¿qué hará este buena pieza?

Ret. (Bajando de la peña, por el desembarque de la izquierda y avanzando los dos al proscenio.) Señor... era un asunto...

Rey ¡Ah, vamos: estabas ventilando un asunto! ¡No deja de ser curioso! ¿Y qué era, qué era?

Ret. Señor, no debía decirlo, pero puesto que Vuestra Majestad me manda...

Rey Ya te he dicho que has picado mi curiosidad; conque habla.

Ret. Pues nada, señor; que venía yo por la orilla del río, como á un tiro de escopeta de la saucera, cuando al pasar por los encinares de la derecha, oigo unas voces que me gritan: «¡Tío Retama, tío Retama!» No me asusté, porque las voces eran frescas y *ati-*

plás, vamos, voces de muchachas. En esto, me voy pa el «Encinar» y oigo que me dicen: «¡No!... ¡No se acerque usté ó le tiramos piedras!»—¿Por qué?, les grito.—«Pues porque... porque...» (Dudando y dando vueltas al sombrero entre las manos.) Y me dijeron una cosa que... francamente...

Rey Repítela.

Ret. Es que estoy buscando la torma de decírselo á Vuestra Majestad con alguna decencia.

Rey No te preocupes; tú dime la verdad, completamente desnuda.

Ret. Pues... ¡«No se acerque, me gritaron, porque estamos completamente... como la verdad...»

Rey ¡Hola! ¿Desnudas? (Mirando hacia la izquierda.)

Ret. Sí, señor. Son tres hijas de unos compañeros; se estaban bañando y unos mozos les han quitado la ropa.

Rey ¡Bonita acción! ¡Qué villanía!

Ret. Y ya puede figurarse Vuestra Majestad; me suplicaron que viniese delante y que si veía gente por el camino que tienen que seguir pa ir á su casa, les hiciera la seña que habeis visto, pa que no avanzasen. Yo, llegué hasta aquí, vi un grupo de cazadores y... ¡claro!, les hacía así, (La seña.) pa que no vinieran.

Rey ¡Bien!... ¡Muy bien! Bueno; pues retírate. Y en cuanto á esas desdichadas, que esperen si quieren á que se haga de noche y así podrán volver á su casa sin ofender á la moral. ¡Sería una vergüenza que alguien las viera! (Vuelve á mirar.)

Ret. ¿Me manda algo más Vuestra Majestae?

Rey No; nada. (Retama, atraviesa, para hacer mutis por la derecha.) ¡Ah!, oye, apreciable rústico. (Retama se detieue.) ¿Dices, que habías convenido con ellas, en que así, (Imitando el movimiento que hacía Retama con la escopeta.) era para que no viniesen?

Ret. Sí, señor.

Rey Bueno... y.. para que viniesen, ¿habías convenido algo?

Ret. Pues, pa que viniesen, me han dicho que

moviera el pañuelo de atrás, alante; así, (Lo hace.) como diciendo: «Venid, chicas; venir.»

Rey ¡Muy bien!... ¡Es ingenioso! Pues anda; anda con Dios.

Ret. Bueno, señor. (Vase segunda derecha.)

ESCENA VI

El REY. Luego el PRÍNCIPE OVILIO

Rey Tres aldeanas, jóvenes, fragantes, que estaban bañándose... y les han quitado la ropa... (Mira á todos lados, saca un pañuelo blanco y lo ata á la punta del cañón de la escopeta.) ¡Ni una palabra más! (Se sube á la peña y comienza á agitar el pañuelo de atrás á adelante.)

Ovilio (Saliendo segunda derecha, y quedando parado al ver la actitud del Rey.) ¿Qué hace mi tío? ¿Estará secando el pañuelo? (Acercándose á la peña y tocando al Rey con la escopeta, como él hizo antes con Retama.) ¡¡Tío!!

Rey (Volviendo sorprendido y aparte.) (¡Demonio!... ¡Este me va á fastidiar!) (Alto.) ¡Hola, Ovilio!

Ovilio ¿Sería impertinente preguntaros qué haciais?

Rey (Aparte.) (¡Y esas que van é venir!... Les diré que no vengan.) (Agitando la escopeta de derecha á izquiérda.) Pues nada, querido sobrino; que los mosquitos no me dejan parar. ¡Hay una verdadera plaga! (¿Me habrán entendido?) (Sigue agitando.) ¡Mira, mira qué nube. ¿No los ves?

Ovilio Sí, sí; pero, por Dios, no os molesteis: yo os los espantaré. (Deja la escopeta apoyada en la peña, y sube á ella por su lado derecho; saca el pañuelo y con la mano comienza á agitarlo de atrás á adelante.)

Rey (Deteniéndole vivamente.) ¡No!... ¡hombre, por Dios!... ¿qué haces?

Ovilio Ayudaros á espantarlos.

Rey Pero, así no, tonto, que van á venir.

Ovilio ¿Cómo que van á venir?

Rey Que van á venir más mosquitos; que los conozco. ¿No ves que vienen de los remansos

del río? Hay que hacerles así, para que se alejen. (Vuelve á hacer señas de que no vengan.)

Ovilio Pero, señor; ¿qué más da hacer así (Seña negativa.) que así? (Seña afirmativa.)

Rey (Sujetándole el brazo.) ¡Que no, hombre; caramba! No me fastidies, haz el favor. Métete el pañuelito en el bolsillo, que los mosquitos de toda esta comarca hay que espantarlos así. (Seña negativa.) ¡Si los conoceré yo que soy su Rey! (¡Las pobres se estarán haciendo un lío!)

Ovilio (Bajando de la peña por donde subió y cogiendo su escopeta.) Como querais. Pues yo venía, porque como la Reina está impaciente y os anda buscando.

Rey ¿Buscándome? ¡Pobrecilla! Pues anda, anda; adelántate tú—porque yo como estoy tan flojo, no me atrevo á correr—y dile que no se intranquilice, que en seguidita voy. Vuela, vuela.

Ovilio (Haciendo mutis por donde salió.) No tardéis.

Rey Todo lo deprisa que me permitan mis escasas fuerzas. Anda, anda. (Mutis Ovilio.)

ESCENA VII

El REY. Luego KALCUNDIO, ARMANDIO y FINANCIO

Rey ¡Gracias á Dios! ¡Creí que no se iba! Y el caso es que esas pobres muchachas, con estas señas tan contradictorias, estarán perplejas. Voy á ver si de una vez las atraigo. (Se dispone para volver á hacer señas y se detiene sorprendido al oir las voces de los Ministros, que se aproximan por la derecha.) ¡Calle!... ¡Gente viene!... ¡Atiza!... ¡Los Ministros!.., ¿A qué vendrán? Me ocultaré (Desciende y hace mutis fondo derecha. Salen los tres Ministros por la segunda derecha uno tras otro. Traen cada uno su escopeta al hombro y atado á la punta de cada cañón un pañuelo. Se paran en el centro de la escena.)

Kal. Tres mozas hermosísimas, fresquísimas, jovencísimas, que estaban bañándose y...

Arm. ¡Es graciosísimo!

Fin. Debemos atraerlas. ¡Una política de atracción!...

Arm. ¡Juventud... lozanía!... ¿He dicho algo?

Kal. Yo sólo haré la seña que nos dijo el tío Retama; si ven más pañuelos podrían escamarse.

Arm. Usted agite, que cuando usted se canse, agitaré yo, señor Presidente.

Fin. ¡Con esta caza sí que no contábamos!

Kal. ¡Caza mayor! ¡Esto tiene todo el saborcillo de un cuento de Bocaccio!

Arm. ¡Tres ondinas que van á venir al reclamo!

Fin. Agite, Presidente; agite de atrás adelante.

Kal. Vamos allá. (Suben á la peña con precaución cómica y agitan los pañuelos de atrás adelante. Sale el Rey silenciosamente, sube, se coloca tras de ellos sin que le vean ni le sientan y agita el pañuelo de izquierda á derecha para que no vengan.)

Arm. (Volviéndose sorprendido.) ¡Eh!

Los tres ¡¡El Rey!! (Apoyan las escopetas en la peña con los cañones hacia afuera; el Rey desciende de ella y queda en el lado derecho con la escopeta en alto formando cuadro. Pequeña pausa.)

Rey Reunidos en Consejo, ¿eh?

Kal. Señor, estábamos aquí espantando...

Rey Mosquitos, ¿verdad? Me lo figuré, y he subido á ayudaros. (Bajan todos de la peña; el Rey se sienta en el tronco que hay hacia la derecha y los Ministros de pie.) Aunque, á deciros verdad, al principio creí que la agitación de esos pañuelos era para atraer á esas pajaritas que abundan tanto por aquí, y que no sé cómo se llaman.

Kal. Señor; ignoramos á qué clase de pájaras pueda referirse Su Majestad.

Rey Si es que no me acuerdo del nombre técnico; pero, en fin, á poca costa, podéis salir de vuestra ignorancia. Id á buscar la comitiva de la Reina, y en ella va un guardabosque que os informará. Se llama Retama, interrogadle.

Kal. No; si la curiosidad no era cosa mayor...

Rey Andad, andad.

Fin. (Aparte á los otros.) (Nos echa.)

Arm. ¿Vuestra Majestad no va á venir?

Rey No; yo me quedo aquí respirando el aire

puro, oxigenándome. ¡Estoy tan flojo... tan débil!...

Kal. Si queréis que alguno de nosotros os haga compañía... Yo mismo, por ejemplo.

Arm. O yo.

Fin. O yo.

Rey No; vosotros subid más arriba. Sois un Gabinete que necesita airearse. Os recomiendo el Chaparral; es un lugar delicioso.

Kal. Sí; pero está á cuatro leguas.

Rey Pues la «Avenida de los Olmos».

Arm. Está á seis.

Rey Pues la de los «Castaños».

Fin. Está...

Kal. (Aparte á los otros.) (Está decidido á echarnos; no molestarse.)

Arm. (Idem.) (Hay que irse.)

Los tres (Haciendo una reverencia.) ¡Señor!...

Rey Andad con Dios, *Gabinetito.*

Kal. (Mientras hacen mutis por la segunda derecha.) (¡Lo que daría yo ahora por ser Presidente de una República!) (Vanse.)

ESCENA VIII

El REY. Después BERTINA, MARINELA y EFRONIA

Rey (Viéndolos marchar.) ¡A estos ministros les cuesta trabajo irse! ¿Y esas muchachas, ¿qué habrán hecho al ver tantas señales? Porque... (Deja la escopeta apoyada en la peña y sube á ella.) ¡Calle!... ¡Sí! Allí parece que distingo... (Mirando hacia la derecha.) ¡Justo!... Veo una cosa blanca que se acerca. Deben ser ellas. ¡Qué lástima no haberme traído los gemelos de campaña! El bulto se aproxima; es decir, los bultos; porque se ven varios. ¡Cómo vienen; qué... qué deprisa! ¡Yo sudo trementina!... Claro; la estación calurosa... ¡Esto es para una apoplegía! ¡No puede resistirse! Los bultos... la estación... Voy á tener que marcharme. Pero, no; me esconderé detrás de esa encina. (Desciende y se oculta tras un árbol de la derecha.)

Ber. (Dentro.) Por aquí.

Mar. (Idem.) ¡Qué miedo!

Efro. (Idem.) ¡Qué vergüenza! (Al decir la última frase asoman las tres por la segunda izquierda. Vienen las tres envueltas en una sábana grande que las tapa casi por completo, exceptuándose parte de pantorrilla y el pie, que figura descalzo y los brazos; traen el pelo suelto.)

Rey (Avanzando cuando están en el centro de la escena.) Bellas ondinas!

Las tres ¡¡Ay!! (Dan un grito y hacen mutis por donde salieron, dando vueltas girando sobre el eje y sin que por un momento se destapen.)

Rey ¡Se asustaron!... Voy á calmarlas. Vase tras ellas.)

ESCENA IX

La REINA, ESTEROLICIA, AMALIA, ADELIA, OVILIO y REVERENCIO. Al final el REY. Comienza á anochecer

Reina (Saliendo seguida de todos por la segunda derecha.) ¡Tampoco está aquí!

Ovilio Pues yo aseguro que le dejé en este mismo sitio, (Reparando y cogiéndola.) ¡Mirad su escopeta! (Se la entrega á Reverencio.)

Est. Los Ministros también aseguran que se quedó aquí.

Rev. (A la Reina.) Si me dais permiso, puedo recorrer todo este contorno.

Reina Sí, sí; me intranquiliza. Y luego, con lo delicado que está...

Adelia (Mirando.) Mirad; me parece que llega.

Amalia Sí; él es.

Rey (Saliendo por donde hicieron mutis. Trae la sábana colgada al hombro y cogida por una punta á modo de los toreros cuando dan una larga.) ¡Cualquiera las alcanza! (Riendo.) ¡Cómo corren!... (Volviéndose de pronto y quedándose «de piedra» al ver á su mujer.) ¡Canario!... ¡¡La Reina!!

Reina Pero, ¿dónde te metes?

Rey (Uniendo la acción á la palabra de una manera disimulada.) Pues por ahí... dando *largas*... dando largas al tiempo hasta la hora de marcharnos.

Reina ¡Y todos alarmadísimos! (Fijándose en la sabana.) ¿Pero qué traes ahí?

Rey No, nada; que había ido á lavarme las manos, recordé que allí abajo había ropa tendida y cogí esta toalla.

Est. ¿Toalla?

Rey Bueno, ó lo que sea; no me había fijado en el tamaño.

Reina Si hemos de tomar ese piscolabis de que hablabas, no debemos detenernos; la noche se echa encima.

Rey Dices bien; no sé si serán los aires, el ejercicio ó la amplitud de horizontes que he visto, pero se me ha abierto una ganilla...

Reina ¿Oís, señores? ¡El Rey tiene apetito!

Est. No perdamos la ocasión.

Reina En marcha. (Vanse todos por la segunda derecha.)

ESCENA X

Música en la orquesta

Se hace casi de noche; la luna ilumina el fondo izquierda. A su tiempo, por el foro derecha, salen KALCUNDIO, ARMANDIO y FINANCIO, explorando el horizonte con grandes telescopios de mano y hacen mutis por la segunda izquierda. Se hace obscuro de noche, quedando la escena iluminada únicamente por la luna. Del foro izquierda salen «tres contrafiguras» de Bertina, Marinela y Efronia, en «mayé», y atraviesan la escena por el fondo, tras el radio de luz de luna, recatándose y amparándose en los diferentes troncos del bosque, pasando de uno á otro rápidas y temerosas hasta que desaparecen fondo izquierda. Siguiéndolas y amparándose también en los troncos de arbol para no ser vistos, las siguen los Ministros y los MOZOS 1.°, 2.° y 3.°. Por último, por la segunda izquierda, aparecen los dos AYUDANTES de la Reina, que á pesar de lo avanzado de su edad, avanzan mirando con grandes gemelos de campaña. Para distinguir mejor á las que se alejan, se encaraman á la peña del centro, cayendo de bruces. Telón rápido de cuadro

Música en la orquesta

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Interior de una caseta de un guarda de monte. Consta esta caseta de una sola habitación, y, por lo tanto, en sus muros, no se verá puerta alguna, excepto la de entrada que está al foro, un poco corrida hacia la izquierda. Al foro derecha una pequeña ventana, cuyo alféizar estará á la altura del cuello de una persona. En el piso del escenario, hacia la derecha, una trampa practicable, por la que se baja á una cueva. Dicha trampa se abre hacia la derecha de la escena y tiene la escalera de bajada de derecha á centro. A la izquierda, pegada al muro, una mesa tosca de pino y varias sillas toscas. Sobre ella un gran velón de dos candiles, encendido y dos farolillos de mano apagados. En las paredes una cabeza de ciervo y algún atributo de caza. Cantarero al fondo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

FAUSTINO. Luego Bertina, MARINELA y EFRONIA

Al levantarse el telón, Faustino, guarda del monte, está limpiando una escopeta sentado á la izquierda. A los pies tiene varios sacos; está en mangas de camisa con la bandolera y sombrero puesto, y tiene sobre otra silla el chaquetón de monte. Es hombre algo viejo

Faus. ¡Cómo está esta escopeta! ¡Buen tute ha llevao la pobre! Ya hacía tiempo que en esta real posesión no se oían tantos tiros. ¡Claro! Como Su Majestad está algo delicao, no tiene humor. (Deja la escopeta apoyada en una silla del foro.) En fin, echaré estos sacos á la cueva. (Los coge, abre la trampa y los echa á la cueva. Las tres muchachas asoman la cabeza por la ventana.)

Ber. (Temerosa.) ¡Señor Faustino! ¡Señor Faustino!

Faus. ¡Eh! (Cierra y retrocede hacia la mesa.) ¿Quién llama?

Mar. Aquí.

Efro. Nosotras.

Faus. ¡Recontra! ¿Pero qué os trae por aquí? Pasad, chicas, pasad!

Ber. (Sobresaltada.) No podemos, señor Faustino.

Faus. (Avanzando.) ¿Que no podéis?

Mar. ¡No, por Dios!... ¡No se acerque usted!

Faus. ¿Pues qué os pasa que ni podéis entrar ni puedo arrimarme?

Efro. Que puede usted vernos.

Faus. ¡Anda! ¡Si fuera la primera vez que os veo!...

Ber. Como estamos ahora, la segunda; porque usted creo que nos vió nacer á las tres.

Faus. ¿Y qué me queréis decir con eso?

Mar. Pues que estamos... estamos...

Ber. Nada; que estábamos bañándonos y nos han quitado la ropa; ¿para qué decirle á usted más?

Faus. ¡Recuerno! ¿De modo que?... (Va hacia la ventana, pero retrocede ante los gritos de ellas.)

Mar. ¡Que no se acerque!

Faus. ¿Pero qué queréis que haga?

Ber. Que nos deje usted guarecernos aquí y vaya á mi casa y diga que nos traigan ropa.

Mar. Pero, pronto; porque nos vienen siguiendo.

Faus. Bueno, bueno; pero, ¿y si viene alguien tan y mientras? Mirar; se me ocurre una cosa mejor: pasar y meteros en la cueva; ahí no hay peligro, y además podéis envolveros en unos sacos que tengo abajo.

Ber. Bueno; pero, ¿cómo pasamos?

Faus. Toma; pasando. Cerraré los ojos.

Efro. No me fío.

Ber. Ni yo; que usted *parpadea.*

Faus. Bueno, pues saldré yo primero. (Coge el velón y avanza.)

Mar. ¡No! ¡tampoco!

Faus. Pues no veo manera.

Ber. Hay una muy sencilla. Vaya usted haciendo lo que le digo: abra usted la trampa de la cueva.

Faus. (Llevando el velón y obedeciendo.) Ya está.

Ber. Ahora, apague usted la luz.

Faus. Pero, ¿y si tropezais?

Mar. No se preocupe usted y apague. (Faustino apaga la luz; queda un momento todo el teatro á obscuras. Efecto de luz roja en la batería hacia la orquesta para distraer la atención del público.) Dame la mano, tonta. ¡Uy, qué fríos están los escalones! Ya estamos; cierre usted y encienda. (Faustino obedece y al hacerse la luz, la trampa está cerrada, la puerta de la calle abierta y las muchachas

han desaparecido. Todo ha de ser muy rápido. Mientras habla Marinela, Bertina y Efronia bajan al foso para lo que sigue.)

Faus. (Empezando á hablar á obscuras y encendiendo una cerilla y con ella el velón.) ¡Lo que idean las mujeres! ¡A mí no se me hubiera ocurrido nunca quedarme á obscuras y menos en una situación como ésta! (Gritando para que le cigan las de abajo.) Esperadme, que no tardo ná. (Deja el velón sobre la mesa y coge la bocina y el chaquetón.) Me llegaré á casa de la Marinela, que por el atajo me pilla más cerca. ¡Vaya una bromita que las han dao! Pues anda que en cuanto el padre de la Bertina se entere de quién ha sido el guasón, no le arriendo la ganancia. (Vase foro izquierda. En cuanto dasaparece, se abre la trampa de la cueva, empujada por Bertina y Efronia, que asoman la cabeza lo suficiente para que se les vea el cuello nada más.)

Efro. ¿Se ha ido ya?

Ber. Creo que sí. ¡Dios quiera que nos traigan la ropa en seguida! ¡Chist!... ¡Callad! ¡Parece que viene gente! ¡Sí! Abajo (Cierran la trampa.)

ESCENA II

Por el foro derecha, el REY, la REINA, ESTEROLICIA, AMALIA, ADELIA, OVILIO, KALCUNDIO, ARMANDIO, FINANCIO, REVERENCIO, que lleva una cesta de viaje, propia de automóvil ó coche de lujo, y por último, el doctor ASTENIO, de cazador también. Los escopeteros atraviesan la escena y desaparecen por la izquierda

Rey Pasad, pasad; este es mi escondite vinícola-piscolábico. Aquí podemos reparar las fuerzas y descansar un momento hasta que lleguen los coches. ¿Dónde se habrá metido Faustino? (Se quitan los avíos de caza y los dejan arrimados á las sillas, con las escopetas. Los ministros á la derecha, el Rey al centro y los demás á la izquierda. Astenio, con los ministros.)

Est. ¡Oh, qué encanto! ¡Esta caseta es de una rusticidad virgiliana!

Rey ¡Oh, pues si supieras, querida cuñada, lo que hay abajo! (Señalando la cueva.) ¡Cosa exquisita!

Est. ¿Algo geórgico?

Rey ¡Quiá! ¡Unos jamones riquísimos!

Est. ¿Curados?

Rey ¡En la convalecencia!; pero que con tomate, quitan las penas. En fin, señores: aquí hemos venido á reparar las fuerzas, ¿no es eso?

Reina Al menos tú dijiste que tenías apetito.

Rey ¡Y lo tengo! Así es que desde luego, prescindamos de la etiqueta; por lo tanto, aquí no soy Rey, soy un cazador más. De modo que, mientras yo bajo por las provisiones, vosotros id poniendo la mesa. (Las mujeres comienzan á sacar de la cesta todo el servicio de mesa necesario para campo, de un lujo que corresponda á la categoría de los personajes. Reverencio enciende los farolillos de mano.)

Kal. Pero ¡cómo!... ¡Vuestra Majestad!...

Rey ¡Y dale! He dicho que aquí no soy majestad. (Dándole un cachetito amistoso á Kalcundio.) Dame un farolillo de esos. (Reverencio obedece.) Vereis qué vino subo. Ese sí que es un tónico, doctor. (Abre la trampa ayudado por los demás.)

Ast. Reparad, señor, en que el aire húmedo de la cueva puede seros perjudicial.

Rey Pero, doctor, si es cuestión de un momento; medio minuto. (Comienza á descender.)

Ast. ¡Siendo así!... ¡Dios quiera que os enfrieis!

Rey No lo creo. (Desaparece.)

Kal. ¡Qué sencillez la de nuestro monarca!

Fin. ¡A pesar de su edad, tiene un alma de niño!

Arm. Hoy, verdaderamente está infantil.

Kal. (Aparte á los ministros. Y á propósito: ¿qué habrá sido de nuestras ondinas?

Arm. Seguramente estarán ya en sus casas. Cuando las vi por última vez, descendían del monte.

Fin. Justo, es verdad; cuando yo las vi, iban por la falda.

Kal. Por la *falda*. . y por la *blusa*. (Ríen los otros. Se escucha en la cueva ruído de tropezones y golpes, todos acuden y aparece el Rey sin sombrero, pálido, desencajado, con el cuello desabrochado y la corbata deshecha, con dos botellas cubiertas de polvo, que arroja al suelo y recoge Ovilio y Reverencio, dejándolas sobre la mesa. Adelia trae una silla, en la que sientan al Rey, que cae medio desmayado en los bra-

zos de Astenio, que le pulsa y reconoce, los ministros cierran la trampa de la cueva y todos rodean al monarca; en primer término la Reina y con las servilletas y pañuelos le hacen aire.)

Música

Reina ¡Ay, qué le habrá ocurrido!
Princesas ¡Ay, qué le habrá pasado!
Ministros ¡Está descolorido!
Ovilio
Ast. } Está desencajado.
Rev.
Todos Apenas si respira,
la vida se le va
y tiembla de tal modo
que es una atrocidad.

—

Reina ¡Vicente! ¡Mi Vicente!
¿Qué te ha ocurrido, di?
Rey ¡Aire! ¡Yo quiero aire!
Reina ¿Qué es lo que dice?
Todos Que quiere aire.
Rey ¡Aire! ¡Aire! ¡Aire!

(Comienzan con servilletas y pañuelos á darle aire á compás.)

—

Todos Démosle oxígeno,
démosle hidrógeno
con gran cuidado
y actividad.
Aire, que es tarde,
no descansemos
á ver si vuelve
Su Majestad.
Reina Por Dios, más despacito
y no hacerlo al desgaire,
que puede hacerle daño.
Rey ¡Aire! ¡Aire! ¡Aire!
Todos Vayamos despacito
y no hacerlo al desgaire
que puede hacerle daño.
Rey ¡Aire! ¡Aire! ¡Aire!

—

Todos Ya su pecho baja y sube
y esto pronto pasará.
De fijo se recobra
de un soplo nada más.
Ufff.
(Soplando á un tiempo.)

Rey Achits.

Todos ¡Jesús!

Reina ¡Se constipó!

Todos Era lo seguro
con este ciclón.

Hablado

Rey ¡Ya estoy bien! ¡Ya pasó! ¡¡Qué mal rato!!

Reina Pero, ¿qué ha sido?

Rey No, nada; que me empeñé en cogerlas y por poco... (Se tienta la cabeza.) ¡qué porrazos!

Reina Pero, ¿á qué te refieres?

Rey ¿A qué voy á referirme, mujer? ¡A las botellas!

Reina ¡Pero detalla, por Dios!

Rey Pues nada, hija, verás... que bajé, y apenas bajé, aunque estaban así... apiñadas, detrás de la escalera, las vi en seguida, me fuí á ellas y al llegar ¡zás!... me apagaron la luz... las corrientes de aire; y entonces empecé á andar á tientas... y no puedes figurarte los golpes... ¡toca y verás! (Indicando la cabeza.)

Reina Pero, ¿cómo tiene Faustino las botellas?

Rey Pues muy mal, ¿sabes? porque las grandes están sin orden ni concierto, y las chicas, están detrás de unos toneles, y el que vaya á cogerlas, se cae.

Kal. ¡Qué desbarajuste!

Ast. Debía tenerlas en orden, bien formadas.

Rey No, si bien formadas deben estar; ahora que, ¡claro! entre la falta de luz y los trastazos, pues... me ha dado un pequeño mareo; nada de importancia. ¿Cuántas botellas he subido?

Ovilio Dos; aquí están. (Leyendo las etiquetas.) «Vino de cincuenta años.» ¡Ya puede ser bueno!

Rev. ¡Pues hay abajo unas de dieciocho, que aturden! Dadme el otro farol, que voy á ver si...
(Levantándose. Adelia aparta la silla.)

Reina (Deteniéndole.) Pero, ¿estás loco?
Rey ¡Si ya me encuentro bien!
Kal. ¡Imposible, señor! El gobierno no puede consentir que os expongais á nuevos porrazos.
Reina Tiene razón el Presidente.
Rey Pero si...
Kal. Bajaré yo.
Rey ¡No!... ¡quiá!. ¡de ninguna manera! Coges un reuma.
Kal. Coja lo que coja, es mi deber y bajo. (Abre la trampa y coge el otro farol que le entrega Reverencio.)
Ovilio Tiene razón; es el que debe bajar.
Rey Pero, hombre, si es que va á coger...
Kal. Coja lo que coja es mi deber y bajo. (Desciende.)
Rey (Aparte.) (¡Se ha empeñado!... ¡¡Lo escalabran!!)
Reina Tú, lo que debías hacer, es tomar una copita de añejo, que estarás nervioso todavía. Príncipe: sírvele vino al Rey.
Ovilio (Obedeciendo.) Tomad, señor. (Se oyen ruidos en la cueva.)
Rey (En tono burlón) ¿Se oye algo abajo, querido Armandio?
Arm. Sí; escucho unos ruidos así como de botellas que ruedan... de tropezones...
Rey ¿Lo veis? Ha tropezado con ellas: ¡se mata! Voy á bajar yo, porque si no se mata.
Todos Pero...
Rey Basta, es mi deseo. No quiero que se me desgracie un estadista. (Baja.)
Reina Pero, por Dios; ¡es una exageración!
Arm. Yo creo, que imitando su ejemplo, debíamos bajar todos.
Ovilio Es una idea acertadísima.
Fin. Bajemos todos. (Se dirigen hacia la cueva.)

ESCENA III

DICHOS menos el REY y KALCUNDIO. Por el foro derecha FERMINA con un lío grande de ropa. Entra, pero queda casi en el dintel de la puerta

Fer. ¿Dan su Real licencia?
Reina (Deteniéndose, como todos) ¡Eh!... ¿Qué quieres?

(Quedan á la derecha los Ministros y Astenio, Fermina en el centro y los demás á la izquierda.)

Fer. Perdone Vuestra Majestad, pero es que traigo la ropa para las chicas.

Reina ¿Para qué, chicas?

Fer. Pues pa la Bertina, la hija del Guarda mayor, pa mi sobrina Marinela y pa la Efronia, que estàn las pobrecitas... (Vacilando.)

Reina ¿Cómo están?

Fer. Pues na, señora: una gracia que les han hecho los mozos y que Vuestra Majestad castigará seguramente en cuanto lo sepa.

Reina Acaba.

Fer. Pues na, que según me ha dicho Faustino las tres chicas se le han presentao aquí como... como Dios las echó al mundo.

Reina ¡Jesús!

Fer. Porque estaban bañándose y les quitaron la ropa.

Reina ¡Qué indignidad!

Fer. Y el pobre Faustino, no sabiendo qué hacer, las metió en la cueva. (Asombro general.)

Reina ¿En qué cueva?

Fer En esa. (Señalando la trampa.)

Todos (Estupefactos.) ¡¡En esa!!

Ast. (¡Ahora me explico la congoja de Su Majestad!) (Desciende un escalón, pero inmediatamente retrocede.)

Ovilio (¡Y los coscorrones!)

Reina De modo que tres mozas... ¡y sin ropa!

Fer. Ni pizca.

Fin. (Mirando hacia abajo.) (¡Qué lástima, si yo lo sé!)

Reina Dame ese lío. (Fermina obedece.)

Arm. (Que está mirando por la escalera de la cueva.) Señora; me parece que suben.

Reina Silencio todo el mundo. (Esconde el lío tras ella: todos quedan inmóviles.)

ESCENA IV

DICHOS, KALCUNDIO. Después el REY

Kal. (Apareciendo temeroso, manchado y con alguna que otra señal de los golpes, los pelos de punta y el farol apagado y roto.) ¡Agua! (Nadie se mueve.) ¡¡Agua!!

Rey (Subiendo precipitadamente con el sombrero puesto del revés.) ¿Véis?... ¿Véis lo que yo os decía? ¡También se ha caído!

Kal. ¡¡Agua!!

Rey Dadle un poco de agua. (Asombrado que nadie obedezca, los mira asombrado; Armandio le indica con la mirada la presencia de Fermina.) Pero ¿qué pasa? (Silencio embarazoso. Armandio sigue con sus señas.) ¿Qué?

Arm. (Aparte á Kalcundio.) ¡La tía!

Kal. (Aparte al Rey.) Dice que la tía.

Rey ¿La tía de quién?

Fin. (Aparte á Armandio.) La del lío.

Arm. (Á Kalcundio.) La del lío.

Kal. (Al Rey.) Dice que la del lío.

Rey ¿La de qué lío?

Ovilio (Aparte al Rey, por el lado izquierdo.) ¡El diluvio!

Rey Pero, ¿es que llueve?

Ovilio (Idem.) ¡El caos!

Rey ¡No me enredes, Ovilio! ¿Qué pasa; queréis hablar claro?

Reina Pues pasa, querido esposo, que quiero pedirte un favor.

Rey Tú dirás.

Reina Hazme el obsequio de bajar esto á la cueva. (Le entrega el lío.)

Rey (Tomándolo.) ¿Qué lío es este?

Fin. (Aparte al Rey.) Espantoso. (Todos van cogiendo sus arreos de caza.)

Rey Bueno, ¿pero se puede saber...?

Reina (Altanera.) Majestad, no os detengáis; bajad, para que esas desgraciadas puedan cubrir sus carnes, antes de que alguien, imitando vuestra sádica conducta, trate de contemplarlas á su antojo. Seguidme. (Vase fondo izquierda, seguida de sus hermanas, Ovilio, Astenio y Reverencio.)

Est. ¡Qué concupiscencia! (Vase.)

Rey (Tratando de detener á su esposa.) Pero, oye, yo te aclararé... Que no las hemos visto Que á mí me echaron un saco por la cabeza... y á este dos. (Viendo que se van sin hacerle caso.) Nada; se marcha. ¡Qué lío! (Reparando en el de ropas que aun conserva y dándoselo á Fermina.) Toma; toma el lío y que se vistan. (Fermina desciende á la cueva.)

K ¡La Reina va como para pedirla una gracia!

Fin. Temo, Majestad, que váis á tener un gravísimo disgusto de familia.

Rey ¿Y qué hacer?

Arm. ¡Qué sé yo!

Rey ¿No sois mis consejeros? Pues aconsejadme.

Kal. (Preparándose para el discurso.) Señor: el asunto es tan escabroso, que el Gabinete que presido ..

Rey (Incomodado.) Basta. ¡Dios mío! La cueva que me delata... el Gabinete que no me aconseja... el recibimiento que me va á hacer la Reina... ¡Me está bien empleado por ser constitucional! Si fuese absoluto, no me pasaría esto.

Kal. Vamos, señor.

Rey Vamos.

Kal. ¡Viva Vicente XXIV!

Rey ¡Viva! Puede que no viva ni veinticuatro... horas. (Vanse fondo izquierda.)

ESCENA V

FERMINA, BERTINA, MARINELA y EFRONIA, de la cueva

Música en la orquesta

Fer. (Sube, mira por el fondo si se han alejado, vuelve y hace señas á las de abajo.) Subid.

(Van saliendo las tres, con falda y corpiño puesto, otros de los cuadros anteriores, naturalmente, y con el pelo sin peinar, temerosas y ruborosas, acabando de arreglarse.)

Ber. ¿Se han ido ya?

Fer. Sí; subid sin cuidado.

Efro. ¡Dios mío, qué vergüenza!

Mar. Yo no me vuelvo á bañar en mi vida.

Ber. (Á Fermina.) Oye: ¿me harán algo por el porrazo que le he dao al Rey en las narices?

Fer. Según: si se le hinchan mucho, dos meses de cárcel.

Ber. (Muy apurada.) ¡Ay, Dios mío, que no se le hinchen!

Mar. Pero, ¿por qué le diste en las narices?

Ber. Porque me pareció lo menos respetable.

Fer. Andad; vamos. (Se dirigen al foro. Cae el telón de cuadro. Orquesta sola.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Un salón de Palacio perteneciente á las habitaciones de la Reina. Este salón será diferente en mueblaje y arquitectura al del primer acto. Puertas al fondo y en primeros términos. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Aparece OVILIO con el traje del primer acto. En la puerta del fondo REVERENCIO

Hablado

Rev. ¿Dais vuestro permiso?

Ovilio Pasa, mi fiel vasallo; pasa.

Rev. (Entrando.) ¿Vuestro augusto tío...?

Ovilio Está mejor. El doctor Astenio cree que podrá asistir al Besa-mano que con motivo de su cumpleaños debe celebrarse hoy. Ya comprenderás, naturalmente, que esta mejoría es pasajera. ¡El pobre está cada día más apagado!

Rev. Apagadísimo; y luego, los disgustos pasados...

Ovilio No me los recuerdes. En fin, gracias á la habilidad de todos, y muy especialmente de los Ministros, pudo conjurarse el conflicto; la Reina se calmó, hicieron las paces y ahí los tienes, que llevan tres meses tan amarteladísimos que cualquiera diría que son recién casados.

Rev. ¿La Reina no ha vuelto á insistir acerca del cambio de sus Ayudantes?

Ovilio Ni una palabra. Nuestro plan, querido Reverencio, marcha viento en popa. Los feos,

preponderan; Risalia ve en mí á su futuro monarca.

Rev. ¡Qué alegría tan grande, señor, veros mañana Rey! ¡Rey!

Ovilio (Tendiéndole los brazos.) ¡Mi buen Reverencio! ¿Cómo podré pagarte tanto cariño?

Rev. Conque me consideréis vuestro más leal servidor, me basta.

ESCENA II

DICHOS, KALCUNDIO, FINANCIO y ARMANDIO, como en el primer acto, sin carteras. Salen por el fondo

Kal. ¡Amado Príncipe!

Ovilio ¡Señores Ministros!

Kal. ¿Qué, habrá por fin recepción ó no?

Ovilio La habrá. Su Majestad se encuentra con más fuerzas, hasta el extremo de que la Reina quiere que vea las modas que para la próxima estación invernal le han traído de París, y que la aconseje en la elección.

Arm. Eso significa que no ha vuelto á turbarse la paz conyugal.

Fin. ¡Y Dios quiera que siga así!

Rev. (Desde la puerta de la derecha.) Los Reyes.

ESCENA III

DICHOS, el REY, de uniforme, la REINA, ESTEROLICIA, AMALIA y ADELIA, de Corte con otros trajes, ASTENIO, de frac, Damas de guardia, Alabarderos y Ujieres. Después Damas de palacio, Caballeros, Dignatarios, Diplomáticos, Guardias marinas, y por último, Cuerpo de baile; traje á capricho

Rey ¡Querido sobrino! ¡Señores Consejeros!...

Kal. ¿Cómo van esas fuerzas, señor?

Rey Bastante bien; que te diga este. (Por Astenio.)

Ast. ¡Ah; hecho un valiente! Apropósito: (A Ovilio.) aquí tenéis, como Jefe superior de Palacio, el parte para la *Gaceta*.

Rey (Cogiendo el papel.) ¡A ver! Tengo curiosidad. (Leyendo.) «Su Majestad el Rey, mejora notablemente. La pereza, en el funcionamiento

digestivo, que padecía...» Ah; ¿de modo que lo que yo tenía, era pereza nada más?

Ast. El estómago; ese Real órgano, señor, estaba bastante perezoso.

Rey (Leyendo.) «... Que padecía, está casi vencida y reguladas las funciones nutritivas, puede decirse que ha cesado el decaimiento. Su Majestad la Reina y Augustas hermanas, siguen sin novedad en su importante salud.— Doctor Asténio.» Muy bien. (Entrega el parte á Ovilio.)

Reina Bien, señores: antes de que llegue la hora de pasar á los salones para el Besa-mano, tengo interés en que Su Majestad vea los modelos que me envían para la próxima estación.

Kal. En ese caso nosotros... (Hacen ademán de retirarse)

Reina No; pueden ustedes quedarse; siempre será una opinión más. Querido sobrino: ¿quieres ordenar que vayan pasando?

Ovilio Al instante. (Los Reyes se sientan en dos sillones que colocan los Ujieres hacia la derecha; tras ellos las Princesas y los Ministros, y por último las Damas de guardia. Ovilio se dirige al fondo, da órdenes y vuelve á la izquierda de los Reyes. Bis en la orquesta y entra toda la Corte, que después de una reverencia, ocupan el fondo y la lateral izquierda las Damas.) Modelo de traje para el baile nacional «La Risaliana.» (Entra el cuerpo de baile. Todos estos por el foro.)

Música

(Durante el número, baile á gusto del señor Director.)

Reina

Risaliana,
baila alegre la aldeana
recordando sus amores,
Risaliana,
en los campos que huelen á flores.
Risaliana,
es la danza soberana
de la pobre patria mía;
Risaliana,
y al cantarla sentí su alegría.
Danza
que la música suspira

y es su ritmo encantador
canción de ardiente amor.
Danza,
que tu amor bailar te mira,
y te sigue á donde vas
su ardiente corazón
llevándote el compás.

Todos Soberana,
que cantais en este día
porque baila una aldeana
risaliana;
vuestro canto nos dió la alegría.

Reina Soberana,
cantar quiero en este día
mi canción, que es aldeana
Risaliana,
y al cantarla sentí su alegría.

—

Hombres Danza el baile popular
sin descansar,
que su ritmo encantador
enciende amor.

Todos Y tu cara es por gentil
rosa de Abril;
y tus ojos, miran al bailar
y hacen pecar.
Risaliana
es la danza soberana,
etc., etc.

—

Que es el baile nacional,
y el bailarlo es un honor,
pues su ritmo pasional
es el canto del amor.

Hablado

Est. ¡Preciosos trajes!

Rey ¿Quieres que pasen los de sombreros? (La Reina vacila y se pasa la mano por la cara dando muestras de ponerse mala.) Pero, ¿qué te sucede?

Reina No sé... un desvanecimiento... me pongo mala... (Todos acuden solícitos.)

Est. ¡Hermana mía!

Adelia ¡Sentadla!

Amalia ¡Agua!

Rey (Sosteniendo á la Reina que cae en sus brazos,) ¡Doctor! ¡La Reina se desmaya!

Est. A su cámara; llevémosla á su cámara!

Ast. Sí; pronto, pronto. (Se llevan á la Reina, por la derecha, entre sus hermanas, sus damas de guardia y el doctor Astenio. Los demás, forman grupos comentando; los guardias Alabarderos y Ugieres se colocan á la entrada de la habitación, dando la espalda.)

Rey ¡Dios mío, que tendrá la Reina!

Kal. Nada, señor, no alarmaros; nada de cuidado seguramente.

Fin. Quizá el calor de esta habitación.

Arm. Parece mareada tan solo; tened calma.

Rey ¡Como es el primer mareo que la he conocido!...

Ovilio Es extraño, siendo joven y fuerte.

Kal. ¡Que incidente más desagradable!

Fin. ¡Y en un día como el de hoy!

Arm. Ahora nos dirá el doctor Astenio.

Ast. (Saliendo.) ¡Señor!... ¡Señor!... (Todos le rodean; Reverencio, pasa á la izquierda de Ovilio.)

Rey ¿Qué es?... ¿qué tiene?... ¿qué tiene?

Ast. ¡Calmaos, Majestad!

Todos Pero, ¿qué es?

Ast. Señores, no sé cómo decirlo... ¡el júbilo innuda mi alma!... ¡la alegría entorpece mis labios!... ¡Señor!

Rey (Impaciente.) Acaba.

Ast. Tengo el gratísimo honor de participaros que la sucesión al trono de Risalia está asegurada, salvo complicaciones improbables.

Todos (Asombrados.) ¿Qué?

Rey (Loco de alegría.) ¿Qué dices?

Ast. Lo que oís.

Rev. (¡Maldición!)

Rey Pero, ¿oís esto? ¡Qué alegría!... ¡qué orgullo?...

Todos ¡Qué felicidad!... ¡qué suceso!... (Todos rodean al Monarca felicitándole.)

Rev. (Aparte y aterrado á Ovilio.) ¿Oíste, señor?

Ovilio Y que no cabe duda, Reverencio; hay que felicitar á mi tío: ¡á él solo!

Rev. (¡Quien podía imaginar!...)

Rey Bueno, Kalcundio; no quiero que la noticia

tarde en llegar á mis súbditos, de modo que quita el parte ese de mi pereza y pon la fausta nueva; ponla á escape.

Arm. Sí; pronto, pronto. (Ovilio entrega el parte á Kalcundio.)

Fin. ¡Que se esparza!... ¡que se divulgue!

Rev. (Aparte á Ovilio.) ¿Y qué hacemos con tanto feo?

Ovilio Licenciarlos; para lo que nos han servido...

Arm. Señor: yo, con motivo del fausto suceso, quisiera un título del Reino.

Fin. Yo, una gran cruz.

Kal. Yo, un gran collar.

Rev. Que se me asigne una pensión.

Ast. Que se me ascienda.

Rey ¡Basta, basta! ¡Por Dios, no marearme! ¡Por la Virgen Santa!; no pedirme nada. Me encuentro tan débil... ¡tan flojo!...

Rev. (A Ovilio.) (Pues, ¿no dice que está flojo?)

Ovilio (Es una martigala; el Rey, es un vivo.) (Alto á todos.) Señores: ¡viva el Rey!... Truenen los cañones; suenen músicas y campanas; alégrese Risalia. Yo me vuelvo á mi barco, Majestad.

Rey ¡Cómo! Pero, ¿vas á dejarme solo, tan flojo como estoy? ¡Tú; tan adicto á la Monarquía!

Ovilio No temáis, señor. Vuestro trono cada día será más firme. Nadie como vos para hacerse partidarios. ¡Viva el Rey!

Todos ¡¡Viva!! (Música y telón.)

FIN DE LA OBRA

Los autores se complacen en consignar que el inteligente é infatigable director de escena Vicente Carrión, ha puesto esta obra con tanto cariño como acierto.

OBRAS DE ANTONIO PASO

La candelada, zarzuela en un acto.
El señor Pérez, ídem íd.
El niño de Jerez, ídem íd.
El gran Visir, ídem íd.
La casa de las comadres, ídem íd.
Los diablos rojos, ídem íd.
Todo está muy malo, diálogo.
Las escopetas, zarzuela en un acto.
La zíngara, ídem íd.
La marcha de Cádiz, ídem íd.
El padre Benito, ídem íd.
Sombras chinescas, revista lírica en un acto
Los cocineros, sainete lírico en un acto.
Los rancheros, zarzuela en un acto.
Historia natural, revista lírica en un acto.
El fin de Rocambole, zarzuela en un acto.
Las figuras de cera, ídem id.
Alta mar, juguete cómico en un acto.
Churro Bragas, parodia de *Curro Vargas*.
Concurso universal, revista lírica en un acto.
Los presupuestos de Villapierde, revista política en un acto.
La alegría de la huerta, zarzuela en un acto.
El Missisipí, ídem íd.
La luna de miel, ídem íd.
Las venecianas, ídem íd.
Los niños llorones, sainete lírico en un acto.
El bateo, ídem íd.
El respetable público, revista lírica en un acto.
La corría de toros, sainete lírico en un acto.
El solo de trompa, zarzuela en un acto.
El cabo López, ídem íd.
La vírgen de la Luz, ídem íd.
El pelotón de los torpes, ídem íd.
El pícaro mundo, ídem íd.
El trébol, ídem íd.
El aire, juguete cómico en un acto.
La toreria, zarzuela en un acto.
Gloria pura, ídem íd.
La misa de doce, entremés lírico.
Hule!, ídem íd.
Frou-Frou, humorada lírica en un acto.
La mulata, zarzuela en tres actos.
La reina del couplet, ídem en un acto.

El ilustre Recóchez, ídem id.
El aire, ídem, id.
El rey del valor, ídem id.
El arte de ser bonita, humorada lírica en un acto.
La taza de té, caricatura japonesa en un acto.
Los mosqueteros, zarzuela en un acto.
La loba, ídem id.
La hostería del laurel, ídem id.
La marcha real, zarzuela en tres actos.
La alegre trompetería, humorada en un acto.
Tenorio feminista, parodia lírico-mujeriega.
El quinto pelao, zarzuela en tres actos.
Los ojos negros, ídem en un acto.
Mayo florido, sainete lírico en un acto.
La república del amor, humorada lírica en un acto
La tribu gitana, zarzuela en un acto.
El gran tacaño, comedia en tres actos.
Los hombres alegres, sainete lírico en un acto.
Los perros de presa, viaje en cuatro actos.
El paraíso, comedia en dos actos.
¡Mea culpa!, disgusto lírico original y en prosa.
Genio y figura, comedia en tres actos.
La partida de la porra, sainete lírico en un acto.
La mar salada, comedia en dos actos y en prosa.
La alegría de vivir, comedia en cuatro actos y en prosa.
Los viajes de Gulliver, zarzuela cómica en tres actos.
La divina providencia, juguete cómico en tres actos.
La gallina de los huevos de oro, comedia de magia en dos actos.
El verbo amar, opereta en un acto, divido en un prólogo y dos cuadros.
Baldomero Pachón, imitación cómico-lírico-satírica en dos actos.
Pasta flora, comedia en tres actos y en prosa, original.
El debut de la chica, monólogo en prosa.
El orgullo de Albacete, juguete cómico en tres actos.
La pata de gallo, monólogo cómico en prosa.
El potro salvaje, zarzuela cómica en un acto.
La corte de Risalia, zarzuela en dos actos.

Precio: 1,50 pesetas